9681

VICENTE COLORADO

RINCONETE Y CORTADILLO

Miguel de Cervantes Saavedra

COMEDIA

4

MADRID
B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR
FLOR BAJA NÚM. 9

A Rodrigo Amador de los Ríos, su viejo amigo

V. Colorado

OBRAS DRAMÁTICAS

VICENTE COLORADO

OBRAS DRAMÁTICAS

De carne y hueso, drama en tres actos y en verso.
Yo pecador, cuadro dramático en verso.
Francisca de Rímini, drama en tres actos y en verso.
El acta, comedia en un acto y en verso.
Padre nuestro, cuadro dramático en verso.
Rinconete y Cortadillo, comedia en tres actos y en verso.

EN PREPARACION

Día de prueba, drama en tres actos y en verso.
Dios te salve, María, drama en cuatro actos y en verso.

VICENTE COLORADO

Rinconete y Cortadillo.

COMEDIA EN TRES ACTOS

y en verso, sacada de la novela ejemplar de Cervantes.

MADRID
B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR
Flor baja, núm. 9.

Imprenta de Antonio Marzo, calle de las Pozas, núm. 12.

Al Sr.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo,

á quien tanto deben la cultura y las letras españolas.

V. Colorado.

El por qué.

Un padecimiento crónico del estómago que me impide tragar porquerías, la imbecilidad de los cómicos, las intrigas de los que nada pueden, y las malas pasiones de los que tienen más reputación que mérito, son causas bastantes para que dé mis obras á la imprenta y no al teatro.

V. C.

PERSONAJES

CORTADILLO.
GANANCIOSA.
LA CARIHARTA.
LA MADRE PIPOTA.
RINCONETE.
MONIPODIO.
CHIQUIZNAQUE.
MANIFERRO.
MESONERO.
ARRIERO.
SACRISTÁN DE LAS MONJAS.
TAGARETE.
CAPITÁN.
SILBATILLO.
GANCHUELO.
UN ALCALDE.
UN ALFÉREZ.

Alguaciles, galeotes, soldados y gente del pueblo.

La acción en Sevilla; siglo XVI.

OBSERVACIONES

ACERCA DE ALGUNOS PERSONAJES DE ESTA COMEDIA

Al transcribir aquí las descripciones que el mismo Cervantes traza de los personajes de su novela ejemplar **Rinconete y Cortadillo,** *no es mi intención que se tomen al pie de la letra, sino que se tengan presentes para caracterizar mejor los tipos, sin detrimento de su belleza artística: por mi parte, añado algunas observaciones que juzgo oportunas desde mi punto de vista.*

Cortadillo *y* Rinconete... «*dos muchachos de hasta de edad de catorce á quince años el uno* (Cortadillo), *y el otro no pasaba de diez y siete* (Rinconete); *ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa no la tenían, los calzones eran de lienzo y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno* (Cortadillo) *eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro* (Rinconete), *picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno* (Cortadillo) *montera verde, el otro* (Rinconete) *un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda; á la espalda, y ceñida por los pechos, traía uno* (Cortadillo) *una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga; el otro* (Rinconete) *venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, á lo que*

609201

después pareció, era un cuello de los que llaman valonas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos, se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas y las manos no muy limpias; el uno (Rinconete) *tenía una media espada, y el otro* (Cortadillo) *un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.»*

Gananciosa *y* la Cariharta... «*mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza, señales claras por donde, en viéndolas, conocieron que eran de la casa llana.»*

Gananciosa *es mucho más joven que* la Cariharta, *y ésta más desenvuelta, desgarrada y astrosa que aquélla;* Gananciosa *es de hermosura más natural, con menos afeites en la cara, más compuesta en el traje y de modales relativamente honestos.*

Monipodio... «*alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos; venía en camisa, y por la abertura de delante, descubría un bosque; tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo, anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda. Atravesábale un tahalí por la espalda y pecho, á do colgaba una espada*

ancha y corta, á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos y las uñas hembras y remachadas, las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales de anchos y juanetudos. En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo.»

Chiquiznaque *y* Maniferro... «*dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de más de marca; sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina.»*

Lo de «bizarro mozo» no reza con Chiquiznaque, *que es más descuidado de su persona, desaliñado en el traje y de modales más rudos y groseros; es un cobarde, rastrero, miedoso y asustadizo, villanesco, rufián y dicharachero.* Maniferro *es un cobarde fanfarrón, muy echado hacia atrás, que mira á todo el mundo de través, por encima del hombro, á hurtadillas, de reojo, de arriba á abajo, pero nunca de frente; es grave en la acción, tieso en la apostura, conciso de palabras, de voz campanuda y andar acompasado y breve; lleva siempre la mano puesta en el puño de la espada, con la que levanta por detrás el vuelo de la capa.*

ACTO PRIMERO

Arrabal de Sevilla; en el ángulo de la derecha del foro, la Puerta de la ciudad, en uno de cuyos lados hay una hornacina con la imagen de la Virgen, que está alumbrada con un farolillo; más allá de la Puerta asoma el río, que se extiende por el fondo hasta ocultarse en la izquierda, viéndose anclada en él parte de una flota de galeras; en el primer término izquierda, la fachada de un mesón, con soportal ó cobertizo á la entrada, mesa y asientos de madera; en el primer término derecha, una casa de mala apariencia, que es la de Monipodio, y, entre la casa y la Puerta de la ciudad, entre el mesón y el río, en las orillas de éste y en el foro, frondosa arboleda. Mucha luz, mucho ambiente y mucho color.

ESCENA PRIMERA

EL MESONERO Y EL ARRIERO

El ARRIERO sentado á la mesa debajo del cobertizo, bebe vino que se sirve de un jarro, y el MESONERO, de pie y con las manos apoyadas en la mesa, se halla al lado opuesto.

ARRIERO. ¿Decís que fué en esta venta?
MESON. No señor; lo que os he dicho
sucedió hace muchos años
y muy lejos de estos sitios.
Esto no es venta, es mesón;

mas, como el mesón es mío,
mía era entonces la venta
donde ocurrió tal prodigio.

ARRIERO. Según eso, ¿conocísteis
á Don Quijote?

MESON. Le he visto
muchas veces. ¿Y vos?

ARRIERO. Nunca
le he encontrado en mi camino;
pero una hija que tengo
ya moza, y tan dada á libros,
que por leerlos olvida
más útiles ejercicios
y el cuidado de la hacienda,
me leyó á ratos perdidos
la historia del ingenioso
hidalgo.

MESON. Tengo ese libro.

ARRIERO. ¿Y es cierto que fuísteis vos,
según refiere el escrito,
el que le armó caballero
á Don Quijote?

MESON. Yo he sido.

ARRIERO. Pues hacedme la merced
de echar un trago conmigo,
y decid cómo pasó.

MESON. Acepto. (Se sienta y se sirve vino.)

ARRIERO. Soy todo oídos.

MESON. A vuestra salud.

(Bebe, se limpia la boca con el dorso de la mano, deja el vaso y se acomoda bien en el asiento; todo ello con gran reposo.)

Fué un día

caluroso del estío,
poco antes de anochecer;
yo me hallaba entretenido
dentro de la venta, dando
de comer á unos pollinos,
y encerrando una manada
de puercos (que, sea dicho
sin perdón, así se llaman),
cuando oí risas y gritos
hacia la parte de afuera,
y como siguiera el ruido
y el alboroto, sin trazas
de acabar, muy despacico
me fuí á ver lo que ocurría;
salgo al raso, y, de improviso,
se presentó ante mis ojos
el cuadro más divertido
que os podéis imaginar
ni cristiano alguno ha visto.
Había acaso á la puerta,
con muchas cintas y rizos,
dos mujeres mozas de estas
que se llaman *del partido*,
y, á muy corto trecho, un hombre
á caballo en un rocino,
que eran la estampa del hambre,
y el caballero vestido
con armas tan desiguales,
que en poco estuvo si imito
en su contento á las mozas;
pero como soy pacífico,
y me asustó aquella máquina
de pertrechos tan distintos,

determiné interrogarle
en tonos muy comedidos.
A las primeras palabras
que uno con otro tuvimos,
comprendí que el tal tenía
seco el celebro y el juicio;
declaró que era su nombre,
con el de su patria unido,
Don Quijote de la Mancha;
añadió que era su oficio
el de caballero andante,
sus camas peñas y riscos,
su dormir siempre velar,
que mi venta era castillo,
doncellas las dos traídas
y llevadas que os he dicho,
y á quienes, al desarmarle,
con mucho donaire dijo:
«Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban del,
princesas de su rocino.»

ARRIERO. ¡Jamás dió loco en el mundo
en más extraño capricho!

MESON. Y bien lo podéis decir,
pues, según tengo entendido,
tenía la fantasía
llena de cuanto en los libros
se dice de encantamentos,
pendencias y desafíos,
batallas, amores y otros

imposibles desatinos.
Pero volviendo á mi historia:
viendo al huésped tan molido,
las mozas le preguntaron
si comería en tal sitio
alguna cosa. —«Cualquiera
yantaría yo, les dijo,
pues me haría mucho al caso
á lo que entiendo, ahora mismo.»
A dicha acertó á ser viernes,
y en la venta no teníamos
más que abadejo, que llaman
bacallao y curadillo
y truchuela en otras partes,
y él repuso en un suspiro:
—«Como haya muchas truchuelas,
podrán servirme, imagino,
de una trucha; que da tanto
ocho reales en sencillos
como una pieza de á ocho,
que para el caso es lo mismo;
y aun pueden estas truchuelas
ser también por el estilo,
que la ternera es mejor
que la vaca, y el cabrito
que el cabrón. Mas venga luego,
que el trabajo y ejercicio
de las armas, no se puede
sobrellevar sin auxilio
y gobierno de las tripas.»
En fin, comió cuanto quiso
de lo que hubo, y, acabada
que fué la cena, me hizo

que le siguiera al establo,
donde, encerrado conmigo
é hincándose de rodillas,
sin más preámbulos dijo:
—«Nunca me levantaré
de donde estoy, aunque siglos
de vida haya, valeroso
caballero, si un servicio
no me otorgáis que ahora quiero
á vuestras plantas pediros,
y el cual ha de redundar
en provecho y beneficio
vuestro y del género humano;
y él es que mañana mismo
me habéis de armar caballero;
pero antes de ello es preciso
que esta noche, en la capilla
que tiene vuestro castillo,
vele las armas, y así,
mañana, como ya he dicho,
se cumplirán mis deseos
é iré por esos caminos
á buscar las aventuras
que me depare el destino.»
En resolución, que yo,
siguiéndole el estribillo,
hice capilla del patio
y altar la pila. Tuvimos
con unos arrieros palos,
pedradas, y dos heridos
de manos de Don Quijote,
hasta que al fin cogí el libro
en que asentaba la paja

y cebada del servicio,
y, con un cabo de vela,
que trujo encendido un chico,
y las dos dichas doncellas
que se juntaron conmigo,
mando poner de rodillas
á mi huésped, abro el libro,
murmuro como el que lee
una oración de corrido,
y en mitad de la leyenda
alzo la mano, y le arrimo
sobre el cuello un golpe; luego,
con la espada, le propino
un gentil espaldarazo
(siempre con suaves gruñidos
como el que reza), y, hecho esto,
á una de las mozas digo
que ciña al huésped la espada,
como en efecto lo hizo.
Preguntóla Don Quijote
cómo se llamaba, y dijo
que la Tolosa, á lo que él
la pidió muy expresivo
que por su amor se llamase
doña Tolosa. Y lo mismo
pasó con la otra doncella,
la cual, con no menos brío,
le calzó la espuela, y fué
preguntada, y ella dijo
llamarse la Molinera,
á lo que el huésped la hizo
ponerse el don, y llamarse
doña Molinera. Listo

ya todo, y hechas de pronto,
para ahorrar nuevos peligros,
las hasta allí nunca vistas
ceremonias que he descrito,
no vió la hora Don Quijote
de salir ya del castillo
á buscar las aventuras
que tal tenían su juicio,
y ensillando á Rocinante,
subió en él á tiempo mismo
que el alba, ahuyentando sombras,
salió á alumbrarle el camino.

ARRIERO. ¿Y sabéis en qué lugar
ha muerto?

MESON. Donde ha nacido:
en un lugar de la Mancha,
de cuyo nombre no quiso
acordarse el coronista,
y que jamás se ha sabido.

ARRIERO. ¡Extraña historia!
(Pausa y transición.) ¡Ea! demos
alegre fin de este vino.
A vuestra salud.

MESON. Que siempre
gocéis de ella. (Beben.) Ahora á mi avío.

ARRIERO. Y yo á cuidar de mi recua;
que he de ponerme en camino
antes de que el sol se oculte.
Vamos.

MESON. (A la puerta del mesón.)
Pasad.

ARRIERO. (Entrando.) Es lo mismo.

ESCENA II

CORTADILLO

Muy alegre y bullicioso, mirando á todas partes.

¡Qué hermoso el sol, qué brillante!
¡qué limpio y qué azul el cielo!...
¡quién pudiera alzar el vuelo
é ir por la tierra adelante
cruzando valles, montañas,
hacia otros mundos mejores;
viendo ríos, fuentes, flores
y cosas nuevas y extrañas!
¡Qué placer y qué alegría
hacer un nido en la rama,
picotear en la grama
del campo y cantar de día;
y luego seguir volando,
siempre dichoso y contento,
sobre las alas del viento
cantando, siempre cantando!
¡Oh, pajarillo que vas
lejos del mundo y la gente
por el cielo alegremente,
qué venturoso serás!
¡Qué dicha habrá que se iguale
á la que tu pecho encierra!
¡ni qué palacio en la tierra
vale lo que el tuyo vale!
Arriba el azul cristal
que á tu mirada se pierde,

abajo la tierra verde
que en extensión le es igual.
Donde tu gusto te inclina
hallas, cual rico tributo,
dulce y sazonado fruto
y agua fresca y cristalina.
¡Qué armonioso es tu cantar!
¡qué hermosas que son tus galas!...
Pájaro, dame tus alas;
yo también quiero volar.

(Quédase en el fondo, de espaldas al público, mirando al río.)

ESCENA III

CORTADILLO y RINCONETE

RINCONETE viene andando poco á poco y husmeando en todas direcciones; su tono es jovial y burlón, y su expresión gravemente picaresca.

RINCON. ¡Que solo está el arrabal!

(Pausa; sigue andando, y al volverse, repara en Cortadillo.)

¡Calla! allí hay un personaje
que parece por su traje
persona muy principal.
Le saludaré, que ahora,
y en toda ocasión, la gente
debe de ser complaciente,
cortés y saludadora.
Vamos, pues, allá.

(Se dirige adonde está Cortadillo, sin que éste lo

note, y una vez á su lado, exclama, haciendo una profunda y cómica reverencia)

¡Señor!...

(Cortadillo se vuelve sorprendido, y Rinconete, al verlo de frente, prorrumpe con truhanesca admiración:)

¡Oh! ¡qué gentil apostura!

CORT. Si es mala, se me figura
que la vuestra no es mejor.

RINCON. Pues porque tenéis mi traza
y lucís mi gentileza,
y hais de ser tan buena pieza
como son los de mi raza,
creedme, señor hidalgo,
que bastó tan sólo el veros
para venir á ofreceros
cuanto soy y cuanto valgo.

CORT. Os lo estimo muy de veras.

RINCON. ¿Qué hacéis aquí?

CORT. Señor mío,
lo que veis; mirando al río
y esa flota de galeras,
aves marinas que mueve
y arrulla el Guadalquivir,
y que muy pronto han de ir
á donde el azar las lleve.

RINCON. (Santiguándose.)
¡Dios nos libre de sus garras!

CORT. ¡Bah! pues yo en mi fantasía
ahora en ellas me veía
desanudar las amarras,
y, muy contento y ufano,
me dejaba blandamente

arrastrar por la corriente
hasta el gran mar Oceano,
que brinda, á quien ambicione
los triunfos de la fortuna,
una tierra cual ninguna,
allá, donde el sol se pone.

RINCON. Tenéis la imaginación
demasiado aventurera.

CORT. Cada uno es á su manera.

RINCON. Mas, de vuestra condición,
ninguno.

CORT. Poco os asombra.

RINCON. Pero aquí el sol cae de plano,
y, para hablar mano á mano,
mejor se estará á la sombra
debajo del cobertizo;
así se refrescará
vuestro celebro, que está,
según parece, enfermizo.

CORT. Nunca mejor me sentí.

(Se sientan.)

RINCON. Y decidme, gentil hombre
(pues aún no sé vuestro nombre),
¿dónde bueno por aquí?

CORT. ¿Vuestra merced no lo atina?

RINCON. Nó.

CORT. Pues entonces no yerra.

RINCON. Decid cuál es vuestra tierra,
y para dónde camina.

CORT. ¿Cuál es mi tierra?... no sé;
¿dónde camino?... tampoco.

RINCON. ¿Vuestra merced está loco,
ó se burla?

CORT. ¿Yo?... ¿y por qué?
RINCON. Porque con razón recelo
que ha de tener algún nombre
vuestra tierra, pues no hay hombre
que haya caído del cielo:
y que tenéis que pasar
adelante, para mí
es muy cierto, porque aquí
no siempre os habéis de estar.
CORT. Decís bien sin duda alguna,
mas la verdad yo os decía,
porque mi tierra no es mía
ni tuve jamás ninguna;
sólo dejo en ella un padre,
que es mi mayor enemigo,
y madrastra que... ¡harto digo
con decir que no es mi madre!
En cuanto que á dónde voy,
os diré la verdad pura:
hoy camino á la ventura,
y mañana... como hoy.
RINCON. ¿Y tenéis algún oficio?
CORT. Mi oficio es todo lo que amo;
corro y salto como un gamo,
y cuanto veo codicio.
Mas, cuando estoy entre gente
y hay una ocasión cualquiera,
corto también de tijera...
¡y muy delicadamente!
RINCON. Todo eso es muy provechoso,
muy bueno y útil.
CORT. Sí tal.
RINCON. ¡Ganaréis un capital

con ese corte famoso!
pues clérigos y seglares,
os pedirán á granel
flores y hojas de papel
para adornar los altares.

CORT. No es ese el corte á que yo
me dedico.

RINCON. ¿Es otro?

CORT. Sí.
Mi padre es sastre, y á mí
de su oficio me enseñó
á cortar ropa, y tan diestro
soy en cortarla hoy en día,
que ahora mismo me podría
examinar de maestro.

RINCON. Bien está; pero imagino
que, á más de maestro sastre,
su merced es un pillastre
muy redomado y ladino;
pues da de ojo que, á la par
de esas costumbres discretas,
tiene otras gracias secretas
que no quiere revelar.

CORT. Sí tengo; mas porque son
secretas, como ha apuntado
su merced, las he dejado
para mejor ocasión.

RINCON. Pues sepa, si no lo sabe,
que soy mozo muy secreto,
y que guardar os prometo
cuanto digáis, bajo llave.
Y para obligaros más,
os descubriré mi pecho,

y haré lo que no habéis hecho
por receloso quizás;
porque tengo para mí
que no sin misterio, el hado
á los dos nos ha juntado
con algún objeto aquí.
Y, pues, libres de testigos
nos hallamos frente á frente,
y hemos de ser ciertamente
dos verdaderos amigos,
oid de mi corta vida
la historia que á decir voy.

(Pausa; se acomodan bien en sus asientos.)

Yo, señor hidalgo, soy
natural de la Fuenfrida.
Mi nombre es Pedro Rincón;
pero desde mozalbete
me llamaron Rinconete,
y por éste doy razón.
A mi padre, que es bulero,
le acompañé en tal servicio,
pero yo más que á su oficio,
me aficioné á su dinero;
y, valido de un ardid,
cierto día me abracé
á un talego que le hurté,
y dí con él en Madrid.
Triunfé y viví á lo señor,
prendióme la autoridad,
y, en gracia á mi poca edad,
y por no tener favor,
me mosquearon de firme;
salí después desterrado,

y de entonces, me he ganado
la vida, con sólo irme
por los mesones y ventas
con estos naipes
(sacándolos del pecho) que son,
como tendréis ocasión
de ver, mis mejores rentas.
Que aunque ellos están astrosos
y de color de aceituna,
son, jugando á la veintiuna,
unos naipes prodigiosos;
pues cuando yo les barajo,
alzo y corto, no hay manera
ni forma, sea como quiera,
de que no haya un as debajo;
y si jugásteis quizás
la veintiuna á la baraja,
ya sabéis cuánta ventaja
es tener á mano un as;
porque el as, lo mismo pasa
y vale once tantos que uno;
dado á tiempo hace veintiuno,
y el dinero queda en casa.
De aquí á un rato, entre los dos,
hemos de armar esta red,
y verá vuestra merced
cómo nos ayuda Dios.

CORT. Sea en buen hora, y pues mi vida
tras la vuestra he de contar,
no quiero hacerme esperar
y doy principio en seguida.
Mi nombre es Diego Cortado,
mas también desde chiquillo

me llamaron Cortadillo,
y Cortadillo he quedado.
Soy natural del Pedroso,
lugar puesto entre Medina
y la ciudad salmantina,
pueblo muy rico y famoso.
Mi padre, cual referí,
ropa me enseñó á cortar,
pero yo, por mejorar,
á cortar bolsas me dí.
Mi afición, de mi madrastra
el trato desamorado,
y, más que nada, cansado
de la vida que se arrastra
en tan estrecho lugar,
forjaron en mí el profundo
deseo de correr mundo...
y al fin me vine á escapar.
Fuime derecho á Toledo,
y allí me dediqué al corte,
con tal maña y tan buen porte,
que con verdad decir puedo
que no hubo oculto bolsillo,
relicario y faltriqueras
que al golpe de sus tijeras
no atrapase Cortadillo.
Así anduve, hasta que un día
de mi perfecta labor
dió parte al corregidor
para prenderme, un usía;
me lo contaron, y luego
que hube visto ser verdad,
con la mayor brevedad

tomé las de Villadiego;
hasta qué al fin he llegado
de madrugada á Sevilla,
donde me halláis á la orilla
de ese río, embelesado
delante de esas galeras
que al parecer me miraban
amorosas, y me hablaban
de cosas muy lisonjeras:
de una tierra prometida,
de cielos más refulgentes,
de otros climas, de otras gentes
y de otra más dulce vida.

RINCON. Mal se aviene tal humor
con el oficio que habéis
de cortar bolsas.

CORT. ¿No veis
que es lo mismo?

RINCON. No, señor.

CORT. Uno son los dos estados;
las Indias, Italia y Flandes
son bolsas mucho más grandes
que cortan nuestros soldados.

RINCON. Tenéis expedita y franca
la lengua. Pero pensemos
en que los dos no tenemos
traje, zapatos ni blanca,
y dejemos esa historia
que á nada conduce.

CORT. Sea;
y porque su merced vea
que para todo hay memoria,
anuden unos abrazos,

con toda solemnidad,
nuestra perpetua amistad.

RINCON. Pues vengan pronto esos brazos.

(Se levantan y se abrazan.)

CORT. ¡Rinconete!

RINCON. ¡Cortadillo!

CORT. Amigos nos hizo Dios.

RINCON. Desde hoy no habrá entre los dos
más que un alma y un bolsillo.

(Vuelven á sentarse.)

Ahora os tengo de enseñar
cómo se hace la veintiuna;
y si es que alguien, por fortuna,
se acerca á vernos jugar
y quiere hacer el tercero,
pensando que va de veras,
veréis de cuántas maneras
le sacamos el dinero.

(Rinconete hace que enseña á Cortadillo las trampas del juego, y después se ponen á jugar.)

ESCENA IV

CORTADILLO y RINCONETE jugando á las cartas; MONIPODIO, CHIQUIZNAQUE y MANIFERRO que salen por este orden de la casa del primer término derecha, y, cuando se indique, el ARRIERO.

MONIP. Ven, valiente Chiquiznaque,
y colócate á mi izquierda,
y tú, bravo Maniferro,
ven y ponte á mi derecha.

(Lo hacen así.)

Estadme atentos los dos
porque ha caído tarea. (Pausa.)
Voy á hablar con Maniferro.

MANIF. Aquí estoy.

MONIP. Con toda urgencia
hay que dar de cuchilladas...

MANIF. Se darán.

MONIP. Bueno es que sepas
á quién. Se trata de un mozo
valiente y mala cabeza
que ha seducido á la hija
de un mercader, y se niega
á enderezar este tuerto
que ha inferido á la doncella.
El mercader mencionado
me ha entregado á buena cuenta
cincuenta escudos cabales,
y además una cadena
de oro de ley, no de alquimia,
para que hagamos que sea,
sin haber sido casada,
viuda esa moza soltera.

MANIF. Dele su merced por muerto.

MONIP. (Entregándole un papel.)
Pues aquí tienes las señas
del mozo.

MANIF. (Guardándose el papel.) Rogad por él.

(Aparece el Arriero en la puerta del mesón y se dirige á Rinconete y Cortadillo.)

ARRIE. ¿Qué hacen sus mercedes? ¿juegan?

RINCON. Sí, señor; á la veintiuna.

ARRIE. Pues terciaré, si me dejan.

CORT. ¡Ya lo creo! por nosotros
puede jugar cuanto quiera.
ARRIE. (Aparte y sentándose.)
(A estos muchachos les limpio
todo el dinero que tengan
en menos que canta un gallo.)
RINCON. Ahí van cartas. (Siguen jugando.)
MANIF. (A Monipodio.) Cosa hecha,
señor Monipodio.
MONIP. Ahora
me dirijo al de mi izquierda,
al valiente Chiquiznaque.
CHIQU. (Aparte.) (¡Dios me la depare buena!)
MONIP. Hay que dar cuarenta palos...
CHIQU. ¿Nada menos que cuarenta?
MONIP. Ni uno menos. Al marido
de una dama, que se queja
de que no cumple su esposo
con su deber; y ha sido ella
quien me entregó treinta escudos
porque esos palos se dieran
esta misma noche.
CHIQU. En poco
le estima.
MONIP. Calla y no seas
precipitado, ni juzgues
mal de esa señora; aún quedan
otros tantos, que dará
tan luego como le muelan
las costillas á su cónyugé.
CHIQU. (Aparte) (¡Valiente susto me espera!)
(Á Monipodio.) ¿Y cómo va á averiguar
la dama que son cuarenta

los palos que su marido
recibe?

MONIP. (Dándole un papel.) Aquí están las señas
del marido y de la casa;
tú le aguardas á la puerta,
das los palos allí mismo,
y ella, detrás de la reja,
irá contando uno á uno
hasta que des los cuarenta.

CHIQU. (Aparte.) (¡No hay escape! ¡habráse visto
mujer más astuta y perra!)
(Á Monipodio.) ¿No fuera mucho mejor
que yo al marido le diera,
en vez de cuarenta palos,
noticia exacta y secreta
del regalo que su esposa
quiere hacerle?

MONIP. Ten la lengua
y no sigas, Chiquiznaque.
¿No ves que de esa manera
quedaríamos sin honra,
sin honor y sin vergüenza?

CHIQU. Pero también el marido
nos daría por la nueva
el doble que su mujer.

MONIP. Chiquiznaque, no me tientas
la codicia; lo primero
es que saldemos la cuenta
y que reciba esos palos.
Yo soy hombre de conciencia
y no transijo ni mucho,
ni poco, ni nada.

CHIQU. Sea

así, señor Monipodio.

MONIP. No digo yo que á la vuelta
de algún tiempo, cuando ya
esté en la convalecencia
de los palos, si lo paga
muy bien y en buena moneda,
no vendamos el secreto
si el saberlo le interesa;
pero, mientras tanto, hablen
los puños y no la lengua.
(Breve pausa y transición.)
Voy á ver al alguacil
que en nuestros asuntos media
con la justicia, y protege
nuestra muy noble academia
de vagabundos, á fin
de que no haya impedimenta
en palos y cuchilladas,
hurtos y... etcétera, etcétera.
Luego se repartirán
entre todos las preseas
ganadas con tanto honor
por calles y por plazuelas
en estas lides del hurto;
muy pronto estaré de vuelta.
Mi valiente Chiquiznaque,
no olvides que son cuarenta;
y tú, bravo Maniferro,
buena suerte y Dios te absuelva.

MANIF. Que él os guarde.

CHIQU. Que él nos guarde.

(Larga pausa, durante la cual los dos bravos permanecen inmóviles en sus sitios; Monipodio se

dirige á la Puerta de la ciudad, por donde desaparece, arrodillándose y santiguándose al pasar frente á la imagen de la Virgen.)

MANIF. (Después de sacar y leer el papel que le dió Monipodio.)
Voy, le mato...

CHIQU. ¿Y qué?

MANIF. (Dobla el papel, lo guarda, se cala el sombrero, y dice echándose el embozo.)
Le entierran.

ESCENA V

CORTADILLO, RINCONETE y el ARRIERO jugando á las cartas; CHIQUIZNAQUE en medio de la escena, y, cuando se indique, la CARIHARTA y el SACRISTÁN DE LAS MONJAS.

CHIQU. Decir, se dice muy bien:
«Chiquiznaque, da cuarenta
palos...» ¡No que no!... y cincuenta,
y ciento diera también
si se los dejasen dar
en paz y en gracia de Dios;
mas, si no quieren... ni á dos
va á ser posible llegar;
porque al sentir el primero
se volverán contra mí,
me largarán otros, y...
¡pies míos, para qué os quiero! (Pausa.)
¡La bruja de la mujer!...
¡Tendrá un genio!... ¡y será fea!

Cuando al marido apalea
por... ¡qué horrible debe ser!

CARIH. (Por el fondo izquierda.)
Chiquiznaque.

CHIQU. (Preocupado y sin darse cuenta.) Cariharta.
(Hablando consigo mismo.)
¡Y ella estará de testigo!

CARIH. ¿Qué estás diciendo?

CHIQU. ¿Qué digo?...
pues... ¡que mal rayo la parta!

CARIH. ¿A quién?

CHIQU. A aquella mujer
por la cual me veo así.

CARIH. ¿A mí?

CHIQU. ¡Quién habla de ti!

CARIH. ¿Pues con quién tienes que ver
si no es conmigo?

CHIQU. ¡Ojalá
fuera cierto!

CARIH. (Poniéndole los puños en la cara.)
Chiquiznaque,
ten cuidado, no te saque
los ojos.

CHIQU. ¿Tú á mí?
(Dándola un empellón.) ¡Arre allá!
no seas tan pegadiza,
que hoy tengo cara de palo
y, si chistas, te regalo,
como hay Dios, una paliza.

ARRIE. (Levantándose amoscado y resuelto á armar camorra.)
¡Ea! ya esto se acabó;
devolvedme lo perdido,

que todo fué broma.

RINCON. Ha sido
de veras.

ARRIE. Digo que no.

CORT. Antes de jugar se mira
uno bien,

ARRIE. Es que os advierto
que hicísteis trampa.

RINCON. No es cierto.

ARRIE. Con naipes falsos.

CORT. Mentira.

ARRIE. Venga, pues.

RINCON. Lo hemos ganado.

ARRIE. Mi dinero.

CORT. Es nuestro ya.

ARRIE. Es mío.

RINCON. }
CORT. } No.

ARRIE. (Yendo á ellos en actitud agresiva.) Lo será
por fuerza, si no de grado.
(Rinconete y Cortadillo retroceden y sacan sus armas.)

RINCON. Venid por él; os espero.

CORT. Lo sabremos defender.

RINCON. Sin duda queréis perder
la vida como el dinero. (Le acometen.)

ARRIE. ¡Favor! ¡socorro!

(Chiquiznaque y la Cariharta intervienen y los separan.)

CHIQU. ¡Alto ahí!
¿qué sucede?

RINCON. (Señalando al Arriero.) Hemos jugado,
ha perdido, y ha intentado

robarnos á éste y á mí.

(El Arriero quiere protestar y la Cariharta le detiene.)

CHIQU. (Á Rinconete.) Bueno será que precises
cuánto importan los caudales
en cuestión.

RINCON. Pues doce reales
y veinte maravedises.

ARRIE. Eso.

CHIQU. ¿Y por una bicoca
su merced arma ese ruido?...
Delo por muy bien perdido;
á callar, y punto en boca.

ARRIE. Es que no entra en mis costumbres
perder, aun yendo mal dadas,
y es darme doce lanzadas
y veinte mil pesadumbres
sacarme á mí ese dinero
que tuve en mi propia mano.

CHIQU. ¿Su merced es escribano?

ARRIE. No señor, que soy arriero.

(El Sacristán de las monjas, que ha aparecido momentos antes por la derecha, y oye esta última frase al ir á entrar en el mesón, vuelve atrás, y se dirige al Arriero.)

SACRIS. ¿Seríais vos, por ventura,
el arriero que ha venido
de Córdoba, y ha traído
encargos y confitura
para las madres que están
en el convento del Prado?

ARRIE. El mismo que habéis nombrado.

SACRIS. Pues yo soy el Sacristán

de las monjas.

ARRIE. La ocasión
celebro de saludaros.
¿Qué queréis?

SACRIS. Vengo á pagaros.

ARRIE. (Después de dirigir á todos una mirada de desconfianza.)
Venid conmigo al mesón.
(Cortadillo les sigue y se queda á la puerta del mesón observando lo que pasa dentro.)

ESCENA VI

CORTADILLO á la puerta del mesón; RINCONETE en el centro de la escena, y CHIQUIZNAQUE y la CARIHARTA, á la derecha.

CHIQU. (Aparte á la Cariharta, y señalando á Rinconete.)
Voy á dejarme caer.
(Va adonde está Rinconete, y dice golpeándole en el hombro.)
Escucha, tengo que hablarte.

RINCON. Hablad.

CHIQU. Me llamo á la parte.

RINCON. ¿De qué?

CHIQU. ¡Pues de qué ha de ser!
de esos cuartos que por mí
son nuestros, y de los cuales
vas á darme cinco reales.

RINCON. No doy ni un maravedí.

CHIQU. (Incomodado.) ¡Cómo que no! Pues si yo
no te hubiera defendido...

RINCON. (Con calma.) Ya lo veis, habéis perdido
el tiempo; nadie os llamó.
CHIQU. (Con malos modos.)
Si no los quieres soltar,
yo te los sabré exigir.
RINCON. Contra el vicio de pedir
hay la virtud de no dar;
mas si esto no os convenciera,
tengo aquí una media espada
que con valor manejada
vale por espada entera.
Y os ruego, para acabar,
que me tratéis con respeto;
de lo contrario, os prometo
que he de hacerme respetar.
CHIQU. (Gritando.) ¿Tú no sabes?...
RINCON. (Con imperio, y avanzando hacia Chiquiznaque.)
Ya os he dicho
que no os toméis confianzas.
CHIQU. (Retrocediendo y sonriente.)
¡Si es chanza!
RINCON. No quiero chanzas
con vos.
CHIQU. En fin, si es capricho...
RINCON. Mandato.
CHIQU. (Entre dientes.) Por no reñir...
RINCON. (Echando mano á la espada.)
Riñamos.
CHIQU. No puede ser;
porque ahora tengo que hacer,
hidalgo.
RINCON. Ya os podéis ir.
CHIQU. Tenéis el genio muy vivo.

RINCON. Casi tanto como vos
la lengua.
CHIQU. Quedad con Dios.
RINCON. Id con él.
CHIQU. (Aparte y retirándose hacia el foro.)
(Si ahora recibo
los cuarenta entre el cogote
y la rabadilla, quedo,
por mi valor y denuedo,
para mondongo y jigote.)
CARIH. (Corriendo detrás de Chiquiznaque.)
Chiquiznaque.
CHIQU. (Con rabia y malos modos.) ¿No te digo
que me dejes?
CARIH. No te irás
sin llevarme. ¿A dónde vas?
CHIQU. ¡Al diablo!
CARIH. Pues voy contigo.
CHIQU. ¡Mira que te abro los sesos!
CARIH. No importa.
CHIQU. ¡Que va á llover
mucho palo!
CARIH. Ello ha de ser.
CHIQU. Pues te calarás los huesos.

ESCENA VII

CORTADILLO, RINCONETE, y, cuando se indique, el SACRISTÁN DE LAS MONJAS y el ARRIERO.

CORT. (Llegándose adonde está Rinconete, á quien le dice á media voz y con misterio.)
Ha llegado la ocasión

de probaros que soy diestro
en mi oficio.

RINCON. ¿En cuál oficio?

CORT. En el de tomar lo ajeno,
con mucha limpieza, contra
la voluntad de su dueño.

RINCON. Decid qué ocasión es esa.

CORT. Como sabéis, el Arriero
y el Sacristán de las monjas
entraron hace un momento
en el mesón; yo me fuí
al mismo tiempo tras de ellos,
y desde la puerta he visto
que el Sacristán del convento
trae una bolsa que está
reventando de dinero.
(Alegremente.) ¡Esa bolsa es para mí!

RINCON. (Rectificándole.)
Para nosotros.

CORT. Es cierto;
para nosotros.

RINCON. Pues manos
á la obra.

CORT. Estad atento
muy disimuladamente,
y apartáos un buen trecho.

(Rinconete se retira junto á la casa de Monipodio; Cortadillo se coloca del lado de allá de la puerta del mesón, y á poco aparece el Sacristán.)

SACRIS. (En el umbral de la puerta.)
Que lleve vuestra merced
feliz viaje, y me alegro
mucho haberle conocido.

(Mientras el Sacristán habla con el Arriero, Cortadillo le quita al Sacristán el pañuelo que lleva en el bolsillo, de modo que el público se entere.)

ARRIE. (Dentro del mesón.)
Gracias por su buen deseo.
Ya sabéis dónde me tiene,
y mándeme si le puedo
servir en algo.

SACRIS. Que Dios
os guarde.

ARRIE. (Retirándose.) Y á vos el cielo.

(El Sacristán se dirige á la Puerta de la ciudad; Cortadillo le sigue hasta la mitad de la escena, donde deja caer el pañuelo al suelo y se retira algunos pasos atrás.)

SACRIS. (Que al llegar frente á la imagen de la Virgen se ha arrodillado y dicho mentalmente una oración, se levanta y exclama santiguándose):
... y del Espíritu Santo,
amén, Jesús.

CORT. (Llamándole.) Caballero...

SACRIS. ¿Me llamábais?

CORT. Sí, pues debe
de ser vuestro este pañuelo.

SACRIS. (Registrándose los bolsillos.)
¿Mío?... Ciertamente, es mío.
(Dirigiéndose á coger el pañuelo.)
Con el alma os agradezco
el que me hayáis avisado

(Al bajarse el Sacristán á coger el pañuelo, Cortadillo, que habrá quedado detrás, le saca muy sutilmente la bolsa que lleva aquél en la faltriquera, de suerte que el público lo vea.)

porque es para mí un recuerdo

de gran valor. Muchas gracias,
hidalgo.

CORT. Soy siempre vuestro.

(Pausa. El Sacristán se retira; después Cortadillo va hasta la Puerta de la ciudad, observa un rato y vuelve corriendo adonde está Rinconete.)

¿Habéis visto, Rinconete?
¿habéis visto? Aquí tenemos
la bolsa del Sacristán.

RINCON. Sepamos qué tiene dentro.

(Coge la bolsa, la abre y cuenta lo que hay en ella.)

Quince escudos de oro en oro,
tres reales de á dos...

CORT. (Palmoteando y saltando alegremente.)
¡Soberbio!

RINCON. Y algunos maravedises
en cuartos y ochavos viejos.

CORT. ¡Esta ha sido una partida
mejor que la del arriero!

RINCON. Tomad.

CORT. No; guardadla vos,
por si acaso, en vuestro pecho;
de ese modo, si me cogen,
verán que yo no la tengo.

RINCON. Aquí vuelve el Sacristán.

CORT. Marcháos.

RINCON. Con él os dejo.

(Rinconete se retira por el fondo izquierda.)

ESCENA VIII

CORTADILLO y el SACRISTÁN DE LAS MONJAS que viene despacio y mirando atentamente al suelo.

SACRIS. Decid, hidalgo, ¿no habréis
visto caída en el suelo
una bolsa color de ámbar,
la cual tenía por cierto
quince escudos de oro en oro,
tres reales de plata, nuevos,
de á dos, con maravedises
en cuartos y ochavos sueltos?

CORT. Os juro que no la vi.

SACRIS. ¡Ay, Virgen de los Remedios,
Señora de las Angustias,
Reina que estás en los cielos,
qué habrá sido de mi bolsa!

CORT. Pero, si mal no recuerdo,
vos salíais del mesón
no ha mucho.

SACRIS. Sí.

CORT. Quizá ahí dentro
os la hayáis dejado.

SACRIS. Voy
á preguntar al momento.
(Entra en el mesón.)

CORT. Busca, que por más que busques
y revuelvas tierra y cielo,
no han de volver á tus manos

ni la bolsa ni el dinero.
¿Y Rinconete?
(Va al foro izquierda, donde se detiene á observar.)
Allí está
mano á mano departiendo
con una garrida moza
y una vieja.

SACRIS. (Saliendo del mesón.) ¡Yo me muero!

CORT. ¿Qué hay, señor?

SACRIS. Que no parece
mi bolsa.

CORT. Para mí tengo
que no debe estar perdida,
sino que más bien sospecho
que vos mismo la guardásteis
tan guardada que por eso
ni la encontráis ni atináis
en qué sitio la habéis puesto.

SACRIS. Lo que sé es que me la hurtaron.

CORT. Pues no se apure por ello
su merced, que para todo
hay en el mundo remedio,
á no ser contra la muerte,
y tal vez, andando el tiempo,
el que se llevó la bolsa
se arrepienta y, en un credo,
se la vuelva á su merced
sahumada.

SACRIS. El sahumerio
le perdonaría yo
de buen grado.

CORT. Sí lo creo.
Yo os juro que no quisiera

encontrarme en el pellejo
del que os ha hurtado la bolsa.

SACRIS. ¿Y por qué?

CORT. Porque el hacerlo,
teniendo vuestra merced,
según lo dice su aspecto,
alguna orden sacra, fuera
cometer un sacrilegio.

SACRIS. ¡Y tanto como lo es!
¡y muy grande! que el dinero
es de una capellanía
de un sacerdote y mi deudo.

CORT. Pues ya le cayó que hacer
al ladrón, y no le arriendo
la ganancia; porque día
del juicio hay, y allí sabremos
quién fué el bribón atrevido
que tuvo el atrevimiento
de tomar, menoscabar
y hurtar sin conciencia el tercio
de aquesa capellanía
que es de ese pariente vuestro.
Y diga vuestra merced
por su vida, caballero
sacristán, ¿qué es lo que renta
sobre poco más ó menos,
la capellanía al año?

SACRIS. ¡Renta el mismísimo infierno
que me lleve!

CORT. No se enoje
su merced.

SACRIS. ¡Pues estoy bueno
para decir lo que renta!

Ahora mismo voy corriendo
á hacer que me la pregonen.

CORT. No está mal ese remedio;
mas recuerde bien las señas
de la bolsa y el dinero,
que si yerra en un ardite
no conseguirá su objeto
por los siglos de los siglos.

SACRIS. No hay cuidado, que la tengo
bien presente en la memoria,
y mucho más la recuerdo
que el tocar de las campanas.

CORT. Pues la hallará.

SACRIS. En Dios espero.

(Vase el Sacristán, y Cortadillo detrás de él á cierta distancia.)

ESCENA IX

RINCONETE conversando con la GANANCIOSA, la MADRE PIPOTA detrás de ellos, y, cuando se indique, CORTADILLO.

RINCON. No vi tan esbelto talle,
como es el vuestro, en Castilla.

GANAN. Pues les veréis en Sevilla,
mejores en cualquier calle.

RINCON. Ni en Sevilla, ni aunque fuera
al fin del mundo, hallaría
cuerpo con más gallardía
ni cara más hechicera.

GANAN. ¿Sois castellano?

RINCON. Nací,
por desgracia ó por ventura,
en aquella áspera y dura
tierra, donde siempre vi,
bajo un plomizo horizonte,
esos inviernos sombríos
que cuaja el agua en los ríos
y las nieves en el monte.

M. PIP. Aquel que os oyese hablar,
y á sus oídos fe diera
sin veros, que sois creyera
un caballero sin par;
mas los ojos al oído
desmienten, que el caballero
es un pobre aventurero,
aunque no mal parecido.
Y os voy á dar un consejo:
si á esta moza cortejáis
vuestro tiempo no perdáis
porque ya tiene cortejo.

RINCON. ¡Qué importa!

M. PIP. ¿Queréis perder
tontamente á esta doncella?

RINCON. Pues si yo la quiero á ella
y ella me llega á querer,
muy fácil será cambiar
de cortejo.

M. PIP. Mal haría.

RINCON. ¿Por qué?

M. PIP. Porque eso sería
cambiar para empeorar.

RINCON. ¿Lo creéis vos?

M. PIP. Bien lo veo.

RINCON. ¿Y qué veis?
M. PIP. Vuestro talante.
RINCON. ¿Y qué os dice?
M. PIP. Lo bastante
para huir de un mal deseo.
¿Pensáis que con un te adoro,
que vanas palabras son,
se conquista el corazón
de una doncella?
RINCON. Tengo oro.
M. PIP. (Acercándose á él muy codiciosa.)
¿Qué decís?
RINCON. ¿No habéis oído?
M. PIP. ¿Que tenéis oro?
RINCON. Sin duda.
M. PIP. ¿Sois rico?
RINCON. Si Dios me ayuda,
lo seré.
M. PIP. (Volviéndose desencantada.)
Tiempo perdido
el gastado con vosotros.
RINCON. El mundo es grande.
M. PIP. Sí, pero
¿qué haréis en él sin dinero?
RINCON. Echar mano al de los otros.
(Aparece Cortadillo.)
M. PIP. ¿Seréis de nuestra hermandad?
CORT. Rinconete.
RINCON. (A ellas.) Es un amigo.
(A Cortadillo.) Llegáos aquí conmigo;
conoceréis la beldad
más notable de Sevilla.
(A Gananciosa.)

¿Cómo os llamáis?

GANAN. Gananciosa.

CORT. Ciertamente que es hermosa.

RINCON. Es la octava maravilla.

(A la madre Pipota.)

Y sepamos, ¿qué hermandad
es esa de que me hablábais?

M. PIP. ¿No dijísteis vos que echábais
mano á lo ajeno?

RINCON. Es verdad.

(Están colocados de izquierda á derecha en el siguiente orden, y formando dos grupos: la madre Pipota con Cortadillo, y Rinconete con la Gananciosa.)

M. PIP. Pues ese mismo es el credo
que nosotras profesamos;
nuestra hacienda la ganamos
uña á uña y dedo á dedo.
¿Y también voacedes son
de la clase?

RINCON. Es nuestro oficio.

CORT. Pero en nosotros no es vicio.

M. PIP. ¿Qué, entonces?

CORT. Inclinación.

M. PIP. ¿Y no han ido á la Aduana
de nuestro amo Monipodio?

(Rinconete habla aparte con la Gananciosa.)

CORT. ¿Quién es?

M. PIP. Nuestro ángel custodio,
quien nos gobierna y hermana.

CORT. Pero escuche, ¿paga aquí,
en esta tierra, alcabala

el que vive y se regala
con lo del prójimo?

M. PIP. Sí.
Y ¡ay! de quien tenga el descaro
de hurtar sin darle obediencia,
porque tened la evidencia
de que ha de costarle caro.

CORT. Yo creí que era el hurtar
libre para el que trabaja,
muy limpio de polvo y paja,
y sin diezmo que pagar;
ó, si paga alguna vez,
que pagaba muy de veras
con azotes y galeras
ó apretándole la nuez.

RINCON. En toda tierra hay su uso,
Cortadillo, y pues nos vemos
hoy día en ésta, guardemos
lo que bien ó mal dispuso;
y pues al fin ha de ser
(A la madre Pipota.)
vayamos ante el señor
Monipodio, que es favor
què os espero merecer,
que ya yo tengo barruntos,
según lo que oí decir,
que es hábil en conducir
la gente en estos asuntos.
(Aparte á la Gananciosa.)
(Y la verdad, Gananciosa,
lo que más me determina,
es que á ti el querer me inclina
con fuerza muy poderosa.)

(Siguen conversando.)

CORT. (A la madre Pipota.)
¿Y vos también al presente
dais en tomar sin pedir?

M. PIP. Sí, señor, para servir
á Dios y á la buena gente.

CORT. Cosa nueva es en verdad
que quien hurta como vos,
haya de servir á Dios
y á la buena gente.

M. PIP. Dad
á las expresiones mías
su sentido verdadero,
que yo no trato, ni quiero,
de meterme en teologías;
lo que sé es que cada uno
en su oficio, sin faltar
á nadie, puede alabar
á Dios cual juzgue oportuno.

(Siguen hablando.)

GANAN. (A Rinconete.)
¿Que me queréis?

RINCON. Mucho, sí.

GANAN. ¿Habláis de veras?

RINCON. De veras;
y deseo que me quieras
como yo te quiero á ti.
Y de nadie hayas temor,
ni tengas miedo de nada,
que al cinto llevo una espada
y no me falta valor.

M. PIP. Basta de charla.

RINCON. (A la Gananciosa.) Dí, pues,

si me quieres.

M. PIP. (Llamándola) Gananciosa.

RINCON. (A Gananciosa.) ¿Será adversa ó venturosa
la respuesta que me des?

M. PIP. Vamos, que es tarde, hija mía.

RINCON. Asediándola.)
¡Una palabra.

GANAN. (A la madre Pipota.) Voy ya.

RINCON. (A la Gananciosa.)
¿Qué me dices?

GANAN. (Escapando.) Que será
lo que queréis.

RINCON. ¡Qué alegría!
(A la madre Pipota.)
Y decidme, madre, ¿cuándo
nos dispensáis el honor
de conocer al señor
Monipodio?

M. PIP. No tardando.
Pero aguardad con paciencia
un par de horas todavía,
pues hasta que es medio día
ni está en casa ni da audiencia.

RINCON. ¿Quién nos ha de presentar?

M. PIP. Yo misma.

RINCON. ¿Dónde os veré?

M. PIP. Aquí.

RINCON. Pues aquí estaré
con mi amigo.

M. PIP. (Retirándose con la Gananciosa.)
¡Vaya un par!

(Entran las dos en la casa de Monipodio.)

ESCENA X

RINCONETE Y CORTADILLO

RINCON. ¡Cortadillo! ¡estoy contento!
¡soy feliz!... Vengan las manos.
(Estrechándoselas entre las suyas.)
Desde hoy seremos hermanos.
CORT. ¿Qué sucede?
RINCON. En un momento
ha cambiado para mí
el mundo de tal manera,
que ni él es el mismo que era
ni yo soy el que antes fuí.
CORT. ¿Quién hizo tal maravilla?
RINCON. ¿Quién fué?... la casualidad.
Es tal mi felicidad
que, aunque me encuentro en Sevilla,
mi imaginación se empeña
en que esto es el Paraíso.
Mira, la tierra que piso
me parece más risueña;
acaricia más el viento
que toca al pasar mi frente;
hay más luz en el ambiente,
brilla más el firmamento;
ya me complace mirar
horas y horas correr
el agua del río, y ver
á los pájaros volar.
¡Todo está alegre y hermoso!
¡todo es bueno! ¡todo santo!

Cuanto miro me da encanto.
¡Qué feliz soy! ¡qué dichoso!
Habla, que te oiga decir
lo que piensas, lo que sientes.

CORT. Pues no son muy diferentes
tu sentir y mi sentir.
¡Cómo es posible encontrar
más perfección y hermosura
que tienen, en varia hechura,
la tierra, el cielo y el mar!

RINCON. Pues todavía hay un ser
que más perfección encierra
que el mar, el cielo y la tierra.

CORT. ¿Es posible?

RINCON. La mujer.
Sin darme cuenta viví
hasta hoy de que vivía,
y cuanto hacía, lo hacía
sin conciencia, porque sí.
Pero al ver á Gananciosa,
sentí como un aleteo
del corazón, y un deseo,
una ansiedad, una cosa
inexplicable y sin nombre
de entusiasmo y de cariño,
y sin dejar de ser niño,
por vez primera he sido hombre;
y comprendí que tenía
sentidos, y alma, y pasión
para amarla, y corazón
también para hacerla mía.

CORT. ¿Y no sientes como yo
ansias de volar, de ir

lejos, y luego seguir
aún más lejos?

RINCON. No, eso no;
quiero estar donde ella esté,
tenerla siempre á mi lado,
amar mucho y ser amado;
pero ir lejos, ¿para qué?
Si hoy vuela tu pensamiento,
es porque á ti todavía
nada te atrae. Algún día
sentirás lo que yo siento,
y en vez de lo que ahora dices,
mil veces has de decir:
—¡Quiero con ella vivir
y á su lado echar raíces!
(Breve pausa y transición.)
Vamos por Sevilla á andar
hasta que la vuelva á ver.

CORT. Sí, vamos; quiero correr,
ya que no puedo volar.

(Cogidos del brazo echan á correr y desaparecen por la Puerta de la ciudad al mismo tiempo que cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio ladrillado, muy limpio y aljofifado, en casa de Monipodio. Dos puertas en el foro que conducen, la de la izquierda á la calle, y la de la derecha á la azotea; dos puertas más, laterales. En el primer término izquierda, una estampa de la Virgen pegada al muro; debajo de ella, una esportilla de palma para limosna y una aljofaina encajada en la pared para el agua bendita; entre las puertas del foro dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho colgados de cuatro clavos; hacia el primer término de la derecha, un cántaro desbocado con un jarrillo encima no menos falto; dos ó tres esteras de anea tendidas por el suelo; uno ó dos bancos de madera, un arca sin tapa y algunos tiestos ó macetas de albahaca.

ESCENA I

LA GANANCIOSA Y LA MADRE PIPOTA

Aparecen, después de levantar el telón, por la puerta izquierda del foro; la MADRE PIPOTA se dirige á la estampa de la Virgen, toma agua bendita y se arrodilla santiguándose; permanece así unos instantes como rezando, luego besa tres veces el suelo, se levanta y va á reunirse con la GANANCIOSA.

M. PIP. Ya acabé mis devociones;
vamos ahora á hablar un rato.
(Se sientan.)

GANAN. Decid, pues, que ya os escucho.
M. PIP. Eres moza y tienes garbo,
gracia, hermosura, y quizá
lo que es mejor, pocos años.
Pero así como te digo
lo bueno, diré lo malo,
y es, Gananciosa, que tienes
á la gineta los cascos,
y en viendo á un hombre tus ojos,
más que ojos parecen garfios
que se agarran á su capa,
y aunque no mueves los labios
bien se ve que sin hablar
le estás á voces llamando,
y le comes á miradas,
y vas acortando el paso,
y volviendo la cabeza
sin cesar, como ha pasado
esta mañana en el río
con ese gentil muchacho.
GANAN. Madre Pipota, no es cierto
lo que decís.
M. PIP. ¿A negarlo
te atreverás?
GANAN. Sí me atrevo;
porque si bien es exacto
que hoy pasó lo que habéis dicho,
no es verdad que haga otro tanto
todos los días con todos
los hombres que encuentro al paso.
Ese de hoy me ha seducido
por sus buenas prendas.
M. PIP. Vamos,

al fin confiesas tu culpa.

GANAN. ¡Qué culpa ni qué ocho cuartos!
¿es malo querer á un hombre?

M. PIP. No digo yo que sea malo
querer á uno y á ciento,
si algún provecho sacamos
de todos; pero pensar,
como tú, en un pobre diablo,
que no tiene más que el día
y la noche, es un escándalo.

GANAN. Pues ese es el que yo quiero,
y ese ha de ser.

M. PIP. ¿Pero acaso
es el primero que tienes?

GANAN. Es el primero á quien amo.

M. PIP. ¿Y los otros?

GANAN. Sólo han sido
ganas de pasar el rato.

M. PIP. Pero dime, ¿y Maniferro?
sin duda te has olvidado
de Maniferro.

GANAN. ¿Y qué tiene
que ver? ¿estamos casados
por ventura? Yo soy libre
de hacer de mi capa un sayo.

M. PIP. Eso según y conforme;
porque Maniferro es bravo
y no consiente rivales.

GANAN. Pues que se ande con cuidado
y no se vaya á encontrar
con la horma de su zapato.

M. PIP. ¡Ay, Gananciosa! tú andas
metida en muy malos pasos

y vas á tener mal fin.

GANAN. ¡Cállese ya, por los clavos
de Cristo, madre Pipota,
que bastante ha predicado
y he de ser de quien yo quiera,
aunque me lleven los diablos!

M. PIP. (Levantándose.)
Pues con tu pan te lo comas.
Y ahora, si quieres, subamos
al cuarto de arriba, á ver
si ha traído el Renegado
una canasta de ropa
que él y Centopiés hurtaron
ayer tarde en la colada.

GANAN. Bueno, iremos.

M. PIP. (Dirigiéndose á la puerta derecha del foro.)
Dame el brazo
para subir allá arriba.
que me da de vez en cuando
un vaguido de cabeza,
y el día menos pensado
me caigo redonda al suelo
y ya nunca me levanto.

ESCENA II

CHIQUIZNAQUE y después MANIFERRO

Ambos por la puerta izquierda del foro.

CHIQU. Vengo todo dolorido,
derrengado y sin aliento;
no cuarenta, han sido ciento

los palos que ha recibido.
No me cansaba de dar;
¡qué modo de sacudir!
¡qué morderse y maldecir!
¡qué revolcarse y gritar!
Si de ésta no se suaviza,
es porque genio y figura
van hasta la sepultura;
¡cuerpo de Dios, qué paliza!
Habiendo seguridad,
uno puede impunemente
dar palos y ser valiente
con mucha comodidad.
(Entra Maniferro.)
Maniferro.

MANIF. ¿Quién me nombra?
CHIQU. ¿Acuchillaste?
MANIF. Busqué
á ese mozo, y no le hallé;
huye de mí, y no me asombra
que le acobarde mi nombre,
porque tal es Maniferro,
que lo mismo pasa á un perro
de parte á parte, que á un hombre.
¿Y tú?
CHIQU. Pues, gracias á Dios,
llevé la paliza á cabo.
MANIF. Chiquiznaque, eres un bravo.
CHIQU. Somos muy bravos los dos.

ESCENA III

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA y la MADRE PIPOTA que se retira á poco de empezar la escena, y, cuando se indique, MONIPODIO.

M. PIP. Espera aquí, Gananciosa,
que voy un instante fuera
á enterarme si han venido
ese par de buenas piezas.
(Reparando en él.)
¡Calle! aquí está Maniferro.
(A Gananciosa, aparte.)
(Hija mía, ten prudencia.)
(La madre Pipota y la Gananciosa han ido desde la puerta derecha del foro á la de la izquierda, por donde desaparece la primera.)

MANIF. (Aparte, mirando de reojo á la Gananciosa.)
(Ahora viene á mí y me abraza;
¡lo mismo que si lo viera!)
(La Gananciosa baja del foro, halla al paso á Chiquiznaque, y va á sentarse al primer término derecha; al lado opuesto está Maniferro.)

CHIQU. Buenas tardes, Gananciosa.

GANAN. Buenas tardes.

MANIF. (Aparte, observándola.) (¡Y se sienta
sin decirme una palabra!)

CHIQU. (A la Gananciosa.)
¡Qué! ¿te has quedado sin lengua?

GANAN. No tengo ganas de hablar.

CHIQU. Es que me da mucha pena
verte así.

MANIF. (Aparte.) (¡No me hace caso!)
CHIQU. Me gusta que estés contenta.
Ahí tienes á Maniferro.
MANIF. (Dirigiéndose á ellos.)
¿Quién me ha llamado?
GANAN. (Aparte.) (¡Qué pelma!)
MANIF. ¿Me llamas tú, Gananciosa?
GANAN. (Levantándose al verle llegar.)
Ni pensarlo.
MANIF. (Adelantándose con impertinencia.)
Pues debieras
haberte fijado en mí.
GANAN. (Dándole un empellón.)
¡Apártate que me apestas!
MANIF. (Desnudando un buen trecho la espada.)
¡Ira de Dios!...
GANAN. No te acerques
más á mi lado.
MANIF. (Envainando la espada.) ¡Si fueras
un hombre!...
GANAN. (Con sorna.) ¡Jesús, qué miedo!
CHIQU. Tengamos en paz la fiesta.
(Entra Monipodio.)
MONIP. Deo gratias.
CHIQU. Bien venido.
MONIP. Va á dar principio la audiencia.
¿Y esos palos, Chiquiznaque?
CHIQU. Todos se dieron.
MONIP. ¿De veras?
CHIQU. Y algunos más.
MONIP. Maniferro,
¿y el mozo?
MANIF. No se le encuentra.

MONIP. Es preciso dar con él.
MANIF. Pues esta noche requiescat.
MONIP. Maniferro, Chiquiznaque,
ambos, por vuestras proezas,
sois las dos columnas de Hércules
de nuestra noble academia.
Hablad sin temor alguno,
pues para que nadie pueda
interrumpir nuestras pláticas,
he puesto de centinela
en la calle á Tagarete,
quien dará la voz de alerta
si amenaza algún peligro
á nuestras vidas y haciendas.

ESCENA IV

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, MONIPODIO, la MADRE PIPOTA, RINCONETE y CORTADILLO. MANIFERRO pasea lentamente de arriba á abajo por la izquierda; CHIQUIZNAQUE hace lo mismo en el foro; la MADRE PIPOTA se adelanta con RINCONETE y CORTADILLO al centro de la escena, donde está MONIPODIO, y la GANANCIOSA queda á la derecha.

M. PIP. Señor Monipodio, ved
dos mozos...
CHIQU. (Aparte, reconociéndolos.) (¡Los del arriero!)
M. PIP. Que desean, lo primero,
conocer á su merced;
y luego con detención
los desamine, y verá
como ambos son dignos ya

de nuestra congregación.

MONIP. Sí haré; que nuestra milicia
conviene que acrecentemos,
ya que en ella padecemos
persecución por justicia.
Pero habéis de permitir
antes que cierre la puerta,
no haga el diablo, si está abierta,
que alguien venga á interrumpir.

(Cierra con llave la puerta izquierda del foro y vuelve al proscenio.)

¿Cuál es vuestra profesión?

CORT. Señor, pues aquí venimos,
bien claramente decimos
nuestro oficio y condición.

MONIP. ¿De qué pueblo sois?

RINCON. Nombrar
su pueblo al que hurta no oí;
yo soy de donde nací.

CORT. Y yo del mismo lugar.

MONIP. ¿Vuestros padres?

RINCON. Creo ocioso
también decir quiénes son,
porque no es vuestra intención
darnos un hábito honroso.

MONIP. Pensáis y habláis ya como hombres;
que es cosa muy acertada,
pues no habéis de honrarles nada,
callar y encubrir los nombres
de los que os dieron el ser
y el lugar del nacimiento;
así, si sopla mal viento,
y te llegan á prender,

no dirán, al condenarte,
ni verdugo ni escribano:
—Fulano, hijo de Fulano
y vecino de tal parte,
ha sido ahorcado este día;
lo que siempre es un disgusto,
y á los padres, como es justo,
también les ofendería.
Es más breve y más sencillo
que ahora mismo me digáis
cómo los dos os llamáis.

RINCON. Rinconete.

CORT. Y Cortadillo.

MONIP. Pues si queréis ser hermanos
de esta piadosa hermandad,
ante todo confesad
que seréis buenos cristianos.

CORT. Cristianos somos de sobra
mi amigo y yo.

MONIP. Está muy bien;
mas lo habéis de ser también
como de palabra de obra.

RINCON. Decidnos cómo eso sea.

MONIP. Lo seréis contribuyendo
los dos con el estupendo
de aquello que se garbea.

RINCON. ¿Y esos estipendios?

MONIP. Juntos,
son para misa y trisagio,
que por vía de naufragio,
sirven á nuestros difuntos;
padres, amigos, parientes,
y cuantos en vida fueron

de nuestro oficio, y murieron
mártires é impenitentes;
por todos nuestra hermandad,
sin gastar lo innecesario,
cada año hace su adversario
con gran pompa y soledad.

CORT. Merecéis una y mil palmas,
pues con tal solicitud
atendéis á la salud
y salvación de las almas.

MONIP. Además, otra gran parte
se da á nuestros bienhechores,
que son: los procuradores
que nos defienden con arte;
el soplón que nos avisa;
el alguacil que á la vuelta
de un esquinazo nos suelta
diciendo: «Escapad de prisa»;
el escribano que, llena
la bolsa, no nos inculpa,
ni hay delito que sea culpa
ni culpa con mucha pena;
y el verdugo, es de rigor,
pues nos azota sin dar,
y si nos tiene que ahorcar
nos ahorca sin dolor.

RINCON. Todo eso es muy oportuno,
muy digno y santo, y se aviene
con el ingenio que tiene
su merced como ninguno,
y me explico que contenta
viva y muera esta hermandad
con tanta fraternidad

y ese naufragio ó tormenta
que hacéis á difuntos ciertos
con tan piadosos motivos,
mientras compráis á los vivos
para que se hagan los muertos;
y hecho con gran soledad
y popa, como apuntó
vuestra merced, ya que no
con pompa y solemnidad.
Mas denos la investidura
de orden tan alta á mi amigo
y á mí, que en verdad os digo
que ya tarda tal ventura.

MONIP. Así mi fe os lo promete
ó no habrá de mí pedazo.
Os envisto en un abrazo (Abrazándoles.)
Cortadillo... y Rinconete.
Ahora decidme de veras
en qué estáis más adiestrados.

RINCON. Yo en los naipes y en los dados.

CORT. Yo en bolsas y faltriqueras.

MONIP. ¿Y en cosas más complicadas
no entendéis?

RINCON. No.

MONIP. Pues todo eso
son ya flores de cantueso,
por lo muy viejas y usadas,
y las sabe un principiante
sin yerro de pe á pa;
pero todo se andará,
y muy pronto, Dios mediante
(si cual supongo sois diestros),
con unas liciones mías

saldréis en muy pocos días
oficiales y aun maestros.

CORT. No nos falta voluntad.

MONIP. Pues si voluntad tenéis,
entonces no os apuréis
por falta de habilidad,
que á buen puerto habéis llegado
habiendo venido á mí,
que otros más torpes aquí
de doctores se han graduado.
Mas juradme que si un día
cualquiera os veis en el potro
sufriendo ansias, ni uno ni otro
diréis esta boca es mía.

CORT. Estad persuadido de ello.

RINCON. No hacerlo así fuera mengua,
que lo que dice la lengua
lo paga después el cuello;
y harta merced hizo Dios
al hombre, que á su medida
puso en su lengua su vida
para que opte entre las dos,
y el que muere porque allí
dice lo que no conviene,
bien muerto está, que no tiene
más letras un no que un sí.

MONIP. Con sólo eso me persuades,
fuerzas, convences y obligas,
aunque otra razón no digas,
para que os nombre cofrades
mayores y os sobrelleve
el año de noviciado.

RINCON. Mucho nos habéis honrado

en un espacio tan breve.

(Suenan fuertes golpes en la puerta izquierda del foro; Chiquiznaque y Maniferro retroceden asustados, y Rinconete se reúne con la Gananciosa.)

MANIF. ¡Gran Dios!

(Monipodio se dirige al foro y Chiquiznaque le detiene.)

CHIQU. ¡No, no abráis!

MONIP. (Rechazándole.) Aparta.

(Descuelga uno de los broqueles, saca la espada, se coloca enfrente de la puerta, y exclama con voz hueca y espantosa.)

¿Quién llama? ¿quién sois? Decid.

CARIH. (Dentro.) Señor Mònipodio, abrid.

MONIP. ¿A quién?

CARIH. (Dentro.) A la Cariharta.

ESCENA V

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, MONIPODIO, la MADRE PIPOTA, RINCONETE, CORTADILLO y la CARIHARTA. MONIPODIO abre la puerta y entra la CARIHARTA sollozando, desgreñada, con los vestidos ajados, sucios y medio sueltos: MONIPODIO vuelve á colocar el broquel en su sitio y envaina la espada; MANIFERRO sigue paseando; CHIQUIZNAQUE anda huído y ocultándose de todos, y RINCONETE al lado de la GANANCIOSA.

CARIH. (Con voz ahogada por los sollozos.)

¡Señor Monipodio!... ¡ay!

¡qué desgracia!... ¡qué desgracia!

(Desde la puerta ha bajado la Cariharta al proscenio, y al llegar cerca de donde están la madre Pipota y la Gananciosa, cae desmayada y acuden

éstas á socorrerla; en tanto, Monipodio se va acercando al grupo.)

MONIP. ¿Qué te ha pasado, hija mía?
M. PIP. Se ha desmayado.
MONIP. Echadla agua.
(La Gananciosa coge el jarrillo y hace lo indicado.)
M. PIP. ¡Válgame el Señor del cielo!
¡trae todo el cuerpo y la cara
aun más negros que la pez!
¡Pobrecica de mi alma!
CORT. (Que ha estado curioseando.)
¡Si tiene más cardenales
que en los Concilios el Papa!
GANAN. Ya parece que respira.
M. PIP. Ya vuelve en sí.
MONIP. (Llamándola.) Cariharta.
CARIH. (Llorando.) ¡La justicia de Dios venga
sobre aquel desuellacaras,
al que he librado más veces
de la horca que en las barbas
tiene pelos el infame!
MONIP. Sosiégate, hija, y ten calma;
porque más has de tardar
tú en boquear qué te pasa
que yo en vengar tus agravios,
si deseas ser vengada.
¿Quién te ofendió en tu persona?
CARIH. ¡Quién si no aquel vil canalla,
que es león con las ovejas
y con los hombres se amansa
como si fuera un cordero!
MONIP. ¿Chiquiznaque?
CARIH. En cuerpo y alma.

(Chiquiznaque, al oirse nombrar, se oculta en una de las puertas laterales, por donde asoma la cabeza de vez en cuando; Rinconete y la Gananciosa forman grupo en el extremo derecha, y Maniferro, que continúa sus paseos, les observa.)

Por estas cruces que beso,
ahora hago voto de casta
y no comer á manteles
más pan con él.

M. PIP. ¡Cariharta,
mira que has de arrepentirte!

MONIP. Pero cuéntanos la causa
que motivó tal desastre.

CARIH. Ello fué que esta mañana
le encontré preocupado,
solo y hablando en voz alta;
le pregunté qué tenía
y contestó que así estaba
por una mujer; oirle
tal cosa y cegar de rabia
todo fué uno. Echó á andar,
le seguí; con amenazas
me dijo que le dejase;
yo que no, y anda que anda,
llegamos los dos á un tiempo
al campo aquel que se halla
tras de la huerta del Rey,
donde jamás se ve un alma,
y allí, entre unos olivares,
me pegó con furia tanta,
que me dejó como muerta.
Ya sabéis lo que me pasa;
ahora, señor Monipodio,
justicia es lo que hace falta.

PIP. Calla, mujer, y no pienses
en justicias ni en venganzas,
que á muchas conozco yo
que dieran de buena gana
por hallarse en tu lugar
la mejor de sus alhajas;
pues, como todos sabemos,
lo que se castiga se ama.
Y si no, di la verdad
por tu vida, ¿á que acabada
la zurra, fué Chiquiznaque
más humilde que una malva
y te hizo alguna caricia?
ARIH. ¿Una decís?... fueron tantas
las que me hizo, que pasaron
de ciento mil, mal contadas,
y aun me parece que casi
se le saltaron las lágrimas.
. PIP. Y le habrán dolido á él
más, los palos que te daba,
que á ti misma.
ARIH. No diría
yo tanto.
ONIP. Pues, Cariharta,
te juro que á ese bribón
no han de quedarle más ganas
de maltratarte de nuevo.
ARIH. Por favor, tenga más calma
y no ofenda á aquel maldito;
que con ser él de tan mala
condición, le quiero más
que á mí misma, y hanme el alma
vuelto al cuerpo las razones

que con tan buenas palabra
dijo la madre Pipota.

MONIP. (Buscando á Chiquiznaque.)
Pero ese hombre, ¿por dónde anda?

CARIH. ¡Señor mío Jesucristo!
¿Pero él está aquí?

MONIP. Aquí estaba.

CARIH. Escondedme, que no quiero
ver á ese tigre de Ocaña.

MONIP. Nada temas. (Llamando.) Chiquiznaque

CHIQU. (Avanzando poco á poco y con mucha socarrnería.)
Señor Monipodio...

CARIH. (Ocultándose detrás de Monipodio.) Aparta,
espantador de palomas
inocentes.

CHIQU. Cesa, y no haya
más pena, enojada mía;
por tu vida, que me es grata,
te ruego que te sosiegues,
así te veas casada.

CARIH. ¡Eso es lo que tú quisieras!
mas primero me casara
con cualquiera notomía
que contigo.

CHIQU. Se cristiana
y humíllate.

CARIH. ¿Yo humiliarme?...
anda y vete enhoramala.

CHIQU. Mira que las recaídas
son mortales.

MONIP. (Interviniendo.) Hijos, basta;
no volvamos á empezar.

Cederá la Cariharta
en lo que deba ceder;
pero no por amenazas
sino por mi amor; las riñas
de los amantes son causa
de mayor gusto y contento.
Y tú, Chiquiznaque, baja
la cerviz, y de rodillas
pide el perdón de tus faltas.

CARIH. Como eso que su merced
dice, Chiquiznaque lo haga,
yo prometo por mi parte
hacer lo que más le plazca.

CHIQU. Si ha de ser por rendimiento,
no digo hincarme á tus plantas,
sino también con un clavo
la frente me atravesara
por servirte y complacerte.

CARIH. Calla, Chiquiznaque, calla,
que no he menester más pruebas
de tu afecto, y con el alma
te perdono. (Se abrazan.)

MONIP. (Bendiciéndolos.) Y yo os bendigo.
Madre Pipota, ahora vaya
y dígales al Ganchuelo
y á Silbatillo que traigan
al momento y con cuidado,
entre los dos, la canasta
de la merienda y el vino.
No tardéis.

M. PIP. Voy en volandas.

ESCENA VI

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, MONIPOD
RINCONETE, CORTADILLO y la CARIHARTA. CHIQUIZNA
con la CARIHARTA á la izquierda; MONIPODIO y CORTADI
en el centro; RINCONETE y la GANANCIOSA á la dere
y MANIFERRO en el fondo observando á estos últimos.

RINCON. (Indicando á Maniferro:)
Gananciosa, ¿y es aquel
quien te corteja?
GANAN. Aquel mismo.
RINCON. Pues si tiene el corazón
como la estampa, imagino
que ha de ser hombre temible.
GANAN. No lo creas.
RINCON. No lo digo
por temor, que á nadie temo
teniendo yo tu cariño.
Además, á mí me place
dar con hombres decididos
y hechos á romper por todo;
pues de esta suerte salimos
pronto de dudas. (Siguen hablando.)
MONIP. (A Cortadillo.) Ya sabes:
esta tarde, Cortadillo,
te acompañará el Ganchoso
para enseñarte el distrito
donde has de hurtar; el cual es
el que se halla comprendido
desde la Torre del Oro
hasta llegar al Postigo
del Alcázar, y no importa

que te corras un poquito
hacia San Telmo.

CORT. Está bien;
lo haré como lo habéis dicho.
(Siguen hablando.)

MANIF. (Llegándose al grupo de Chiquiznaque y la Cariharta.)
Chiquiznaque.

CHIQU. ¿Qué me quieres?

MANIF. Ven aquí aparte conmigo.

CHIQU. Ahora vuelvo, Cariharta.
(La Cariharta se une al grupo de Monipodio y Cortadillo; Maniferro y Chiquiznaque forman otro á la izquierda.)

MANIF. Mira.

CHIQU. ¿Dónde?

MANIF. (Señalando á Rinconete.) Allí.

CHIQU. Ya miro.

MANIF. ¿Qué ves?

CHIQU. A la Gananciosa
con ese mozo atrevido.

MANIF. ¿Qué más?

CHIQU. Nada más.

MANIF. ¿Qué hacen?

CHIQU. Pues... por lo que yo distingo,
parece que hablan.

MANIF. ¿De qué?

CHIQU. No alcanza tanto mi oído.

MANIF. ¿No ves cómo ella sonríe?
¿no ves cómo hace él lo mismo?
¿no recuerdas los desdenes
que tuvo ha poco conmigo? (Pausa.)
¡He de matar á ese hombre!

CHIQU. Me alegraría muchísimo;
que yo esta mañana quise
matarle... y él no ha querido.

MANIF. Ahora voy á provocarle;
ven tú también.

CHIQU. Ya te sigo.

(Maniferro, seguido á cierta distancia por Chiquiznaque, se dirige, dando la vuelta á la escena, donde está Rinconete.)

RINCON. (A la Gananciosa.) Lo mejor será dejar
esta vida y estos sitios.

GANAN. ¿Y á dónde ir?

RINCON. Ya veremos.

MANIF. (A Rinconete.)
Hidalgo, ese puesto es mío;
me pertenece.

RINCON. Mentís.

MANIF. ¿Que yo miento?

(Maniferro y Chiquiznaque sacan las espadas, Rinconete hace lo mismo.)

RINCON. Lo repito.

GANAN. (Llamando.)
Señor Monipodio.

RINCON. Calla,
que no he menester auxilio
de nadie; me basto solo.

(Cortadillo corre al lado de Rinconete; Monipodio y la Cariharta se interponen entre unos y otros.)

MONIP. ¿Por qué reñís?

MANIF. Me ha ofendido
y he de vengarme.

RINCON. Pues vamos
fuera de aquí, y, sin testigos,

hasta morir, os prometo
mantener lo que os he dicho.

MONIP. ¡Bah! no será para tanto.
¿Qué ha pasado?

MANIF. Ha requerido
de amor á la Gananciosa.

MONIP. ¿Es cierto?

RINCON. Cierto.

MONIP. Pues, hijo,
tiene razón Maniferro;
sin querer le has ofendido.

RINCON. No le ofendí sin querer,
y si hay ofensa y delito
en requerirla de amores,
ello ha de ser, os lo aviso.

MONIP. Gananciosa; ¿y tú qué dices?

GANAN. Señor Monipodio, digo
que yo estoy por Rinconete,
que le he tomado cariño,
que lo pasado pasado
y vida nueva.

MONIP. (A Maniferro.) Pues, hijo,
ya no hay ofensa que valga;
que ella tiene su albedrío,
y hoy puede querer á uno
y mañana á otro distinto
(y así sucesivamente),
sin que ofenda lo más mínimo
eso el decoro de nadie.

MANIF. No sè juega así conmigo,
y en manos está el pandero
de quien sabe hacer su oficio.

RINCON. También tenemos acá

pandero, y si ello es preciso,
sonarán los cascabeles,
seor Maniferro, y ya he dicho
que mentísteis al decir
que era vuestro lo que es mío.

MONIP. Cesen palabras mayores.
Nunca han de dar los amigos
á los amigos enojo,
ni han de ofender sin motivo
los amigos cuando ven
que se enojan los amigos.

CHIQU. Señor Monipodio, aquí
ya no hay amigo ofendido,
ni que quiera dar enojo
ni reñir con otro amigo;
y puesto que amigos somos,
como su merced ha dicho,
que los amigos se den
las manos con los amigos.

RINCON. No guardo rencor á nadie;
pero deseo advertiros
que, así como soy de veras
amigo de mis amigos,
á quien me ofenda también
sé darle su merecido.

MONIP. Pues todos habéis hablado
cual cumple á buenos amigos,
y amigos sois unos y otros,
olvidad lo sucedido
y los amigos se den
todos las manos de amigos.

(Se estrechan las manos unos y otros hasta haberlo hecho todos.)

CHIQU. (Aparte á Maniferro.)
(Maniferro.
MANIF. (Aparte á Chiquiznaque.) Chiquiznaque.
CHIQU. ¿Sabes tú que te has lucido?
MANIF. No ha de quedar esto así.
CHIQU. Ten cuidado, que el novicio
es valiente, y frente á frente,
te has de ver comprometido.
MANIF. Le mataré por la espalda.
CORT. (Aparte á Rinconete.)
(Rinconete.
RINCON. (Aparte á Cortadillo.) Cortadillo.
CORT. No te fíes de ese hombre.
RINCON. Descuida, que no me fío.)
CARIH. (A Monipodio.) ¿Qué tenemos de merienda?
MONIP. Tenemos bacallao frito,
camarones y cangrejos
en su propio llamativo
de alcaparrones, ahogados
en pimientos de los finos;
naranjas, limones, medio
queso de Flandes, corrido,
y una olla de sabrosas
aceitunas con aliño,
con tres hogazas blanquísimas
de Gandul y mucho vino.

ESCENA VII

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, MONIPODIO, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO y SILBATILLO que traen la merienda, y cuando se indique, TAGARETE.

MONIP. Ya Silbatillo y Ganchuelo
están aquí. A merendar,
y el que se quiera sentar
puede sentarse en el suelo.

(Colocan la canasta en el centro del proscenio, y se sientan todos alrededor de ella)

¡Ea! ya estamos. Haced
por pasar la vida á tragos.

(Pausa. Principian á comer, y á poco llega corriendo Tagarete.)

TAGAR. El alguacil de los vagos
pregunta por su merced.

(Alarma y dispersión general.)

MONIP. ¡Eh! ninguno se alborote,
que en nuestro daño no viene;
pues por amigos nos tiene
y hurtamos con él á escote.
Conque volverse á sentar
y no haya ningún temor.

(Vuelven á ocupar sus puestos, que son: al centro, Monipodio; á un lado, Rinconete, la Gananciosa y Cortadillo; á otro, Cariharta, Chiquiznaque y la madre Pipota; Maniferro en pie detrás de estos últimos, y Ganchuelo y Silbatillo detrás de Monipodio, quien los da de comer.)
(A Tagarete.)

¿Trae patrulla?
TAGAR. No, señor.
MONIP. Pues yo solo le iré á hablar.

ESCENA VIII

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO, SILBATILLO y TAGARETE.

CORT. ¿Los alguaciles también
son del hurto?
M. PIP. Sí; les damos
nosotros de lo que hurtamos
para que nos traten bien,
y pongan en ocasiones
de hacer negocios á miles;
gracias á los alguaciles
viven en paz los ladrones.
CORT. ¡Qué costumbre tan extraña!
M. PIP. Pues es cosa antigua ya,
que así se hurta y se hurtará
por los siglos en España.
RINCON. (A Cortadillo.) ¿Pues no has oído decir
que, aunque de diversos modos,
hurtan en el mundo todos?
¿que sin hurtar no hay vivir?
Hurta con el consonante
el poeta; la doncella
con los ojos, y, honra á ella
con el amor, el amante;
el privado con el rey;
con las uñas los gitanos;

el valiente con las manos;
el letrado con la ley;
el tramposo con enredos;
el jugador con la suerte;
el médico con la muerte,
y el músico con los dedos;
pero se lleva la palma
el alguacil entre todos,
porque hurta de todos modos,
con el cuerpo y con el alma.

ESCENA IX

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO, SILBATILLO, TAGARETE y MONIPODIO, que entra con mal gesto y peor humor.

MONIP. ¿A quién le cupo hoy la plaza
de San Salvador?
TAGAR. A mí.
MONIP. ¿Y una bolsilla que allí
se ha hurtado, y que por la traza
fué de ámbar tiempos atrás,
y que encerraba cercioro
quince escudos de oro en oro
y no recuerdo qué más?
TAGAR. Yo esa bolsilla no vi.
MONIP. (Cada vez con peores modos y gritando más.)
No hay aquí ver ó no ver;
la bolsa ha de parecer
ó te has de acordar de mí.
TAGAR. Señor Monipodio...

MONIP. (Destempladamente.) Digo
que la bolsa.
TAGAR. Pues ya os dije...
MONIP. El alguacil me la exige,
y el alguacil es mi amigo;
con que suéltala.
TAGAR. Aseguro
que yo no he visto jamás
esa bolsa.
MONIP. (Enarbolando los puños.) Acabarás,
con mil diablos.
TAGAR. Os lo juro.
MONIP. (Terriblemente furioso.)
Que nadie burle y quebrante
nuestras leyes, ó la vida
puede darla por perdida,
aunque sea el dios Tronante.
TAGAR. (Lloriqueando.) Yo no cogí ese bolsillo.
MONIP. (Cayendo sobre Tagarete.)
Tú fuiste.
RINCON Le tengo yo;
que esta mañana le hurtó
á un sacristán Cortadillo.
Y su merced no se exalte
por tan poco, y ahí está
la bolsa (Dándosela.), como verá,
sin que un ochavo la falte.
MONIP. Vuestro proceder honrado
el alma me ha conmovido.
CORT. ¡En mi vida había oído
que se devuelva lo hurtado!
MONIP. Y es ejemplo pernicioso,
que no debéis imitar

ninguno, á no ser que el dar
lo hurtado sea provechoso
como aquí; pues más contento
da á esta noble cofradía
el alguacil en un día
que nosotros á él en ciento.
Toma, Tagarete, da
al alguacil el bolsillo;
yo un abrazo á Cortadillo,
y vamos á comer ya.

ESCENA X

CHIQUIZNAQUE, MANÍFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO, SILBATILLO y MONIPODIO.

CORT. (A Monipodio.)
Pero escuchad; tengo empeño
en que digáis qué va á ser
de la bolsa.

MONIP. Pues volver
á las manos de su dueño.
Tú la hurtaste, y, el hurtado
reclamó al corregidor,
quien por hacerle favor,
al alguacil le ha encargado
que pareciese el bolsillo;
el alguacil viene á mí,
y entonces yo acudo á ti
que le hurtaste, Cortadillo;
tú, que eres hombre de honor,
me das la bolsa, la entrego

yo al alguacil, y éste luego
la lleva al corregidor,
que la remite sin más
al que se la ha reclamado;
y así parece lo hurtado,
pero los que hurtan, jamás.

ESCENA XI

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO, SILBATILLO, MONIPODIO y TAGARETE.

TAGAR. (Desde la puerta.)
Señor Monipodio.
MONIP. ¿Qué?
TAGAR. Una dama.
MONIP. ¿Acabaremos?
M. PIP. Para mí que hoy no comemos.
MONIP. Pronto la despacharé.

ESCENA XII

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO y SILBATILLO.

CARIH. Bueno, mientras le esperamos,
Chiquiznaque, trae la bota
y que la madre Pipota
eche un sorbo.
(Chiquiznaque da la bota á la vieja.)

M. PIP. Pues bebamos,
que no me sentará mal
para calentar el pecho.
(Bebe poco á poco y durante algún tiempo.)
CARIH. Que os haga muy buen provecho.
M. PIP. Después de haber bebido y relamiéndose.)
Este es de Guadalcanal.
(Da la bota á Chiquiznaque, quien también bebe.)
Dios te consuele, hija mía,
como tú me has consolado.
CORT. Pronto habéis averiguado
de dónde el mosto venía.
M. PIP. En vinos tengo tal arte,
tanta experiencia y buen tino,
que digo al probar un vino
(Hace que paladea.)
este vino es de tal parte,
y no me engaño jamás.

ESCENA XIII

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO, SILBATILLO y MONIPODIO.

MONIP. Ahora veremos aquí
quién se ha burlado de mí.
(Encarándose con Chiquiznaque.)
Chiquiznaque, ¿negarás
que corrían por tu cuenta
los palos de hoy?
CHIQU. No, señor.

MONIP. ¿Que sumaban, salvo error,
cuarenta?
CHIQU. Es verdad, cuarenta.
MONIP. ¿Y no has dicho hace un momento
que era asunto concluído?
CHIQU. Y que los palos han sido
más de cuarenta y de ciento.
MONIP. Pues ahora vengo de hablar
con la dama del encargo,
y ella jura, sin embargo,
que no los llegaste á dar.
¿Quién miente? ¿la dama?
CHIQU. No.
MONIP. ¿Mientes tú?
CHIQU. No, ciertamente.
MONIP. ¿Entonces soy yo el que miente?
CHIQU. Ni vos, ni ella, ni yo.
MONIP. ¿Con bromas á mí?
CHIQU. Hablo en serio.
MONIP. Vas á tener que sentir,
Chiquiznaque.
CHIQU. Vais á oir
la explicación del misterio.
No bien me dísteis la carta,
cuando dispuesto á pagar
tal deuda, vino á estorbar
mi intención la Cariharta.
CARIH. ¡Ah! ¿era esa la mujer?...
CHIQU. Sí;
la mujer de su marido,
marido al que no he podido
dar esos palos por ti;
pero como hice intención

de darlos de todos modos,
te los llevaste tú todos,
y algunos más, de un tirón.
Señor Monipodio, ved
como la dama decía
verdad, y yo no mentía,
ni mentía su merced.
Pero pronto quedará
esa dama satisfecha,
porque, á Dios gracias, tengo hecha
la mano á esos trotes ya.

MONIP. Pues esta noche ha de ser,
porque así lo he prometido.

CHIQU. (Entre dientes.)
Si su merced lo ha ofrecido...
se hará. (Aparte.) (¡Maldita mujer!)

MONIP. Ten cuidado y no lo aplaces
nuevamente.

CHIQU. Cuando yo
digo á su merced que no,
es que no.

MONIP. Mira lo que haces,
que no me gustan los malos
pagadores, y abre el ojo,
porque si en otra te cojo
soy yo quien te da esos palos.

CARIH. Yo le ruego que se aplaque
su merced, que á ese marido
le dará su merecido
esta noche Chiquiznaque,
y nadie le toque á un pelo,
pues faltó por culpa mía,
que en lo de la valentía

es un Judas Macarelo,
como pronto se ha de ver.
MONIP. Ya sabemos que es valiente.
CARIH. Y el que no lo diga, miente.
MONIP. Voy á acabar de comer.

ESCENA XIV

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO, SILBATILLO, MONIPODIO y TAGARETE, que se retira en seguida.

TAGAR. (Desde la puerta.)
Señor Monipodio...
MONIP. ¡Al diablo!
que ya se acabó la audiencia.
TAGAR. De parte del Repolido...
MONIP. Dile á él y á todo el que venga
que no estoy en casa.
TAGAR. Bueno. (Vase.)
MONIP. Y voy á cerrar la puerta
con llave, porque si no
nos van á aguar aún la fiesta. (Cierra.)
¿Habéis comido vosotros?
CARIH. Sí, señor.
MONIP. Sea enhorabuena;
pues yo tomaré un bocado
nada más, y al punto vengan
unas cuantas seguidillas
bien cantadas, porque vean
Rinconete y Cortadillo

qué musica tan mañera
sabemos tocar sin trastes,
sin clavijas y sin cuerdas.

(Cervantes describe así esta música: «...y la Escalanta (aquí la Cariharta), quitándose un chapín, comenzó á tañer en él como en un pandero; la Gananciosa tomó una escoba de palma, nueva, que allí se halló acaso, y rascándola, hizo un son que, aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapín; Monipodio rompió un plato é hizo dos tejoletas, que, puestas entre los dedos, y repicadas con gran ligereza, llevaban el contrapunto al chapín y á la escoba.» Por mi parte he visto y oído tocar estas seguidillas golpeando la escoba contra el suelo, dándola unas veces con la palma de la mano y otras revolviendo las ramas con los dedos.)

GANAN. ¿Hay una escoba?
MONIP. (Señalando una puerta) Allá dentro
hay una de palma nueva.
(Vase la Gananciosa.)
CARIH. (Descalzándose.) Yo toco con el chapín.
MONIP. Y yo con dos tejoletas
que voy á hacer de este plato.
(Rompe el plato y hace las tejoletas.)
GANAN. (Volviendo con la escoba.)
Aquí está.
MONIP. Pues á tañerla,
y cante una seguidilla
cada cual de su cosecha.
(Tañen los instrumentos y cantan.)
GANAN. (Cantando.) Por un castellano
rufo á lo valón,
tengo socarrado
todo el corazón.
CARIH. (Idem.) Detente, enojado,
no me azotes más,

que, si bien lo miras,
á tus carnes das.

MONIP (Idem.) Riñen dos amantes,
hácese la paz;
si el enojo es grande
es el gusto más.

(Suenan fuertes golpes en la puerta izquierda del foro y cesa la música.)

ESCENA XV

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la GANANCIOSA, RINCONETE, CORTADILLO, la CARIHARTA, la MADRE PIPOTA, GANCHUELO, SILBATILLO, MONIPODIO, TAGARETE desde dentro, y, cuando se indique, el ALCALDE y los alguaciles.

MONIP. ¿Quién es?
TAGAR. (Dentro.) Señor Monipodio.
MONIP. ¿Qué hay?
TAGAR. (Dentro.) El Alcalde se acerca
con alguaciles neutrales.
(Gran confusión.)
MONIP. Señores, haya prudencia
y no asustarse tan pronto;
pues, como sabe cualquiera,
la calle es de todo el mundo;
quizá pasen y no vengan.
(Suenan golpes más fuertes y repetidos.)
¿Quién llama?
UNA VOZ. (Dentro.) Abrid; la justicia.
MONIP. ¡Hijos, sálvese el que pueda!
(Gran espanto y confusión; atropéllanse unos á otros para tomar la puerta derecha del foro; Rin-

conete con la espada en la mano cubre la puerta con su cuerpo, y grita.)

RINCON. Alto; que ninguno salga
de esta sala, ni se mueva,
ó le costará la vida.

(Cortadillo se ha colocado junto á Rinconete esgrimiendo su cuchillo; siguen los golpes cada vez más frecuentes y violentos.)

MONIP. ¿Se puede saber qué intentas?

RINCON. Que se salven las mujeres
primero.

MANIF. Soy yo antes que ellas.

(Rinconete y Cortadillo, mientras contienen á Maniferro y á Chiquiznaque, protegen la salida de los chicos y de las mujeres, después de las cuales sale Monipodio.)

RINCON. (A Maniferro.)
¡Atrás!

CHIQU. Y yo.

CORT. (A Chiquiznaque.) ¡Atrás!

MANIF. (Desenvainando la espada.) ¡Por Cristo
que se acabó mi paciencia.

RINCON. No sabes cuánto me alegro.

MANIF. (Creyendo cogerle desprevenido, le tira una cuchillada.)
¿Sí?... pues toma.
(Riñen, Rinconete con Maniferro, y Cortadillo con Chiquiznaque.)

RINCON. Anduvo cerca;
pero no llegó á tocarme.
(Pausa; siguen riñendo y los golpes sonando.)
Aprende á darlas como ésta. (Le hiere.)

MANIF. (Cayendo al suelo.)
¡Socorro!

(Chiquiznaque acude á Maniferro.)

RINCON. Ven, Cortadillo,
que ya han abierto la puerta.

(Rinconete y Cortadillo desaparecen por la puerta derecha del foro, cerrándola por el otro lado, al mismo tiempo que entran el Alcalde y los alguaciles, quienes unos se apoderan de Maniferro, otros corren detrás de Chiquiznaque, y algunos tratan de forzar la puerta derecha del foro. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Parte de la flota de galeras ha avanzado sobre el río hasta el centro del foro, el resto se extiende hacia la derecha.

ESCENA I

CORTADILLO sentado debajo del cobertizo y el MESONERO de pie.

CORT. Traedme un jarro de vino;
pero ponedle más agua
de la que tenéis costumbre.
MESON. Mi vino es moro.
CORT. En España
tiempo ha que todo es cristiano,
y el vino lo es más que nada.
Echadle también azúcar
de la que tengáis más blanca,
y estrujad medio limón.
MESON. Vamos, queréis limonada.
CORT. Quiero refrescar, me ahogo
de calor. Esta mañana
llegué rendido á Sevilla,
después de un día de marcha,

y tengo una sed tan grande
que con nada se me aplaca.

MESON. Pues yo os puedo remediar,
que tengo un vino y un agua
en mi bodega, más frescos
que la nieve.

CORT. Pues ya tardan
en venir.

MESON. (Retirándose.) Vendrán á escape.
(Pausa.)

CORT. (Pensativo.) Está royéndome el alma
la curiosidad. ¿Qué ha sido
de Rinconete? ¿Dónde anda?
Desde que dejé á Sevilla,
hace ya cinco semanas,
¿qué se ha hecho? ¿dónde ha ido
á parar?... (Pausa.) A sus instancias
puse pies en polvorosa,
y aun entré de mala gana
á servir á aquel hidalgo...
Y todo, ¿por qué?... La causa,
en vez del terrible espanto
y el temor que le inspiraban
á Rinconete, á mí... á mí...
no solamente me agrada,
sino que hace mucho tiempo
que acaricio esa esperanza. (Pausa.)
¡La leva!... ¿Y qué? ¿qué es la leva?
Es tener lo que hace falta
para vivir; es estar
hoy aquí y allí mañana,
correr, viajar, ver mundo,
ir muy lejos... tener alas,

y volar, siempre volar;
¡lo que amo! ¡lo que me halaga! (Pausa.)
Pero él se obstinó en que no,
y yo le dí mi palabra;
cada cual fué por su lado,
elegimos esta plaza
para volvernos á ver
cuando la leva pasara...
y aquí estoy, sin que me importe
que haya leva ó que no la haya.

MESON. (Apareciendo.) Va á tomarse su merced
la más fresca limonada
que se ha bebido en Sevilla.

CORT. (Después de beber.)
Cierto que sí; tantas gracias.

MESON. ¿Y venís por mucho tiempo?

CORT. No lo se; según me vaya.

MESON. Si gozáis de buen humor,
lo que es ruido y algazara
no ha de faltaros.
(Pausa; Cortadillo bebe otra vez.)
¿Y habéis
elegido ya posada?

CORT. Aún no.

MESON. Si os queréis quedar
aquí, en mi mesón...

CORT. No es mala
esa idea; porque el sitio,
á decir verdad, me agrada.
Hay aquí mucho horizonte,
mucha luz; el río pasa
al alcance de la mano,
y ha de haber entre las ramas

de esos árboles frondosos
muchos pájaros.

MESON. No faltan.

CORT. Me quedo.

MESON. No ha de pesaros.

CORT. Me alegro con toda el alma. (Pausa.)
¿Y qué hay de nuevo en Sevilla?

MESON. Pues de nuevo, casi nada;
mucho calor, mucho ruido,
las gentes como unas Pascuas
y el dinero por las nubes.

CORT. Eso mismo es lo que pasa
en mi pueblo.

MESON. En todas partes,
por lo visto, cuecen habas.

CORT. ¿Y esas galeras?

MESON. Pues son
unas galeras que hoy zarpan
para las Indias.

CORT. ¿Hoy mismo?...
¡dichosos los que se vayan!
Cuentan que es un gran país.

MESON. ¡Ya lo creo! ¡como que anda
allí el oro á puntapiés!

CORT. Y decidme, aquella casa,
¿quién la habita?

MESON. ¡Ah! ¡si supiérais!...
es una historia muy larga.
Hará poco más de un mes
que una tarde fué asaltada
por la justicia.

CORT. ¿De veras?

MESON. Y sacaron á la rastra

á dos bravos que, si mal
no recuerdo, se llamaban
Maniférro y Chiquiznaque.

CORT. ¿Qué fué de ellos?

MESON. Por ahí andan,
después de que la justicia
les calentó las espaldas
y estuvieron en la cárcel
veinte días, y eso gracias
á un tal señor Monipodio,
que es el dueño de esa casa,
y tiene con la justicia,
yo no sé por qué, vara alta;
pues fuera mucho mejor
que á todos los de su casta
les colgasen de la horca.

CORT. ¿Según eso, es gente mala?

MESON. Lo peor que hay en Sevilla.
(Breve pausa y transición.)
Si su merced no me manda
nada más, voy allá adentro,
porque estoy haciendo falta.

CORT. Id con Dios.

MESON. Si algo os ocurre,
con que deis una voz, basta.

ESCENA II

CORTADILLO y á poco MONIPODIO.

CORT. ¡Cómo me las compondré
para averiguar en dónde,
si está en Sevilla, se esconde

Rinconete!... ¡no lo sé!

(Monipodio sale de su casa; breve pausa.)

¡Calle! Allí veo al señor
Monipodio. Este quizá
darme noticias podrá
de Rinconete, mejor
que nadie. A tiempo ha venido.

(Va á su encuentro.)

Señor Monipodio...

MONIP. ¿Quién
me llama?

CORT. Miradme bien,
si no me habéis conocido.

MONIP. Aunque sólo te vi un día,
y en ese día una hora,
y otro pareces ahora
de aquel que entonces veía,
bien me recuerdo de ti,
Cortadillo.

CORT. El mismo soy.

MONIP. ¿Estás en auge?

CORT. Lo estoy.

MONIP. Has prosperado.

CORT. Así, así.

MONIP. ¿Alguna herencia?

CORT. Ninguna.

MONIP. ¿Acaso el hurto?

CORT. Tampoco.

MONIP. ¿Qué fué ello entonces?

CORT. Un poco
que me ayudó la fortuna;
pues he visto realizada

una ilusión que hasta ayer
juzgué imposible; tener
buen traje y mejor espada.

MONIP. ¿Cómo vinieron á ti?

CORT. Un hidalgo me los dió
que satisfecho quedó
de lo bien que le serví.

MONIP. ¿Y vuelves á nuestra vida?

CORT. Más alto volar intento.

MONIP. ¿Más alto?

CORT. Sí.

MONIP. Pues lo siento;
será mayor la caída.

CORT. He dejado las tijeras
para ceñirme una espada,
y desde hoy no quiero nada
con bolsas ni faltriqueras.
Sueño ahora en cosas más grandes,
y pues tengo corazón,
y no me falta ambición,
iré á las guerras de Flandes,
de Nápoles y Milán
á morir allí ignorado
combatiendo, ó de soldado
llegar pronto á capitán.

MONIP. Has dicho bien; sueños son.
Y en esa aventura extraña
que proyectas, ¿te acompaña
Rinconete?

CORT. Aún ocasión
no tuve de verle; pero
si me queréis indicar
dónde le puedo encontrar,

también decidirle espero.

MONIP. No le he visto desde aquel
malaventurado día
que tú sabes. Yo os hacía
juntos siempre á ti y á él.

CORT. ¿Y Gananciosa?

MONIP. Tampoco
de ella he vuelto á saber más
desde entonces. ¿Creerás,
Cortadillo, que estoy loco?

CORT. ¿Por qué?

MONIP. Porque, la verdad,
no me cabe en la cabeza
que hayáis hecho la simpleza
de dejar nuestra hermandad.
¿Hay profesión, por ventura,
más útil y provechosa,
ni existencia más dichosa,
ni ganancia más segura?

CORT. Pero esa vida no es vida.

MONIP. No sabes lo que te dices;
¡pues si somos más felices
cuanto es ella más perdida!
Vivimos, aquí inter nos,
como has visto, muy contentos
faltando á los mandamientos
de la santa ley de Dios;
pues sobre todas las cosas,
sólo amamos el hurtar,
y nos complace jurar
con palabras espantosas
y en vano, su dulce nombre;
sin santificar las fiestas,

porque el que cumple con éstas
nos parece que no es hombre.
Y nada quiero decir,
si á honrar padre y madre vamos,
cuánto no les deshonramos
con tal modo de vivir.
No hay, mediando beneficio,
con nosotros no matar;
y mucho menos no hurtar,
que el hurtar es nuestro oficio.
Si de falsos testimonios
vivimos y de mentir,
yo creo que esto es servir,
más que á Dios, á los demonios.
No desear la mujer
ajena, y no codiciar
los bienes de otro, es hablar
de lo que no hemos de hacer.
Y si es que algún mandamiento
por alto se me pasó,
también á ese se faltó
sin ningún remordimiento.
Así siempre hemos vivido,
sin que haya siquiera un día
turbado nuestra alegría
haber á Dios ofendido;
porque lo hacemos de suerte
que todos nuestros pecados
nos han de ser perdonados
en la hora de la muerte;
pues Dios sabe en su alto juicio
cuánto el bien apetecemos,
y si pecamos, lo hacemos

porque es ese nuestro oficio.
Todo lo cual te demuestra
lo que dije anteriormente,
y es: que en el mundo no hay gente
tan feliz como la nuestra.
¿Y tú nos quieres dejar
por ir en pos de aventuras,
que tan sólo desventuras
y disgustos te han de dar?

CORT. Es cierto; pero repare
que el hurtar, aun yendo bien,
tiene sus quiebras también.

MONIP. ¡Dónde irá el buey que no are!

CORT. Habiendo un poco de suerte,
se hace en la guerra fortuna.

MONIP. De cada mil veces, una;
los más encuentran la muerte.

CORT. Algún día ha de ocurrir,
y mucho mejor que ahorcados
es morir como soldados
luchando.

MONIP. Todo es morir.

CORT. Es verdad; morir es todo.

MONIP. Y ningún muerto protesta
por si le mataron de esta
manera ó del otro modo. (Transición.)
Y dime, ¿cuándo te vas?

CORT. No lo sé.

MONIP. Espero de ti
que te despidas de mí.

CORT. ¡Pues no faltaría más
que me olvidase de vos!

MONIP. Ven á verme cuando quieras.

(Monipodic se retira por el fondo izquierda, y Cortadillo le acompaña.)

CORT. Sí iré.
MONIP ¿De veras?
CORT. De veras,
señor Monipodio.
MONIP. Adiós. (Vase.)
CORT. Que él os guarde. (Pausa.) Y yo á correr
por Sevilla, á ver si encuentro
á Rinconete ahí adentro
antes del anochecer.

(Se dirige al fondo derecha, donde se encuentra con la Gananciosa que sale por la Puerta de la ciudad.)

ESCENA III

CORTADILLO y GANANCIOSA

GANAN. ¡Cortadillo!
CORT. ¡Gananciosa!
¡Os hallo al fin!... ¡qué alegría!
GANAN. ¡Y qué desgracia la mía!...
CORT. ¿Qué decís?
GANAN. ¡Tan espantosa!
CORT. Hablad pronto. ¿Qué ha ocurrido?
GANAN. Rinconete...
CORT. Por favor,
¿qué le sucede?
GANAN. Un traidor
le denunció y le han prendido.

CORT. Si ha sido eso nada más,
pronto libre le veremos
otra vez.
GANAN. No volveremos
á verle jamás.
CORT. ¿Jamás?
¿Pues qué crimen cometió?
GANAN. Ninguno; pero la leva
esta tarde se le lleva
á las Indias.
CORT. Iré yo
en lugar suyo.
GANAN. ¡Si fuera
posible embarcar los tres!
CORT. Por mi parte, fácil es;
pero vos, ¿de qué manera?
GANAN. ¡Y yo que un mes le he tenido
oculto, y, cuando veía
llegarse el último día,
seguros de haber salido
con bien de tan ruda prueba,
la delación de un cobarde
nos pierde la misma tarde
en que ha de partir la leva!
CORT. Quizá aún le salvemos; voy
á verle.
GANAN. Es en vano; están
presos, y ya no saldrán
hasta que se embarquen hoy.
CORT. Tengo un proyecto.
GANAN. También
en mi interior yo batallo
con una idea que no hallo

modo de explicarme bien.

CORT. Todo el daño que ha hecho el odio
lo remediará el valor.

GANAN. Y lo vencerá mi amor.

CORT. Veré al señor Monipodio,
y, por su gente ayudados,
á tiempo de ir á embarcar,
en motín hemos de entrar
revueltos con los soldados
sin que nada se respete,
y, cuando la confusión
sea más grande, habrá ocasión
de salvar á Rinconete.

GANAN. No, no os deis por entendido
con Monipodio y su gente,
que entre ellos precisamente
está el que nos ha perdido.

CORT. ¿Maniferro?...

GANAN. El mismo, sí.

CORT. No importa; lo intentaré.

GANAN. Yo otro medio buscaré.

CORT. Hasta luego.

GANAN. ¿Aquí?

CORT. Aquí.

(Vanse; Cortadillo por la derecha y Gananciosa por la izquierda; esta última se cruza en el fondo con Chiquiznaque y Maniferro, que vienen muy embozados en sus capas.)

ESCENA VI

CHIQUIZNAQUE, MANIFERRO, y, cuando se indique, el MESONERO.

CHIQU. ¿Has visto?... es la Gananciosa.
MANIF. La misma es, sí.
CHIQU. Ha pasado
junto á nosotros corriendo
como alma que lleva el diablo,
y no nos ha conocido.
MANIF. Es posible.
CHIQU. (Después de una corta pausa.) No me canso
de admirarte, Maniferro.
MANIF. ¿Por qué?
CHIQU. Porque por muy bravo
que sea un hombre, si este hombre
sufre cualquier desengaño
de la mujer á quien quiere,
jura, gruñe, grita, hace algo
que manifieste su pena;
mas tú pareces un palo
con forma de hombre; yo creo
que tienes alma de cántaro
y ni sientes ni padeces.
MANIF. Sí padezco; pero callo.
CHIQU. ¿Quieres á la Gananciosa?
MANIF. La quiero.
CHIQU. ¿Sientes acaso
perderla?
MANIF. Lo siento.
CHIQU. ¿Tratas

de lograrla?

MANIF. De eso trato.

CHIQU. ¿Y por qué cuando era tuya
la perdiste?

MANIF. ¿Yo?

CHIQU. ¡Pues claro!
Si hubieras hecho con ella
lo mismísimo que yo hago
con la Cariharta!...

MANIF. ¿Qué?

CHIQU. Darla jarabe de palo,
que en los disgustos de amor,
es un remedio probado.

MANIF. Yo no pego á una mujer.

CHIQU. Pues haces mal, que los palos
para todas las mujeres
son como mano de santo.
Ellos endulzan el genio
más desabrido y amargo,
y suavizan el carácter
más quisquilloso y más áspero;
á la que es dura, la ablandan;
á la que tiene los cascos
á la gineta, dan juicio;
á la desdeñosa, halagos;
á la inconstante, constancia;
á la arisca, amable trato;
á la gruñona, sonrisas,
y á la soberbia, en el acto
la hacen servicial y humilde;
y así como en los nublados
atruena, llueve, graniza,
relampaguea, y hay rayos

y centellas, y después
que la tormenta ha pasado
el aire es más puro y fresco
y el sol y el cielo más claros,
así también hay más gusto
y placer tras de los palos.

MANIF. No me convences.

CHIQU. Peor
para ti, si no haces caso,
algún día ha de pesarte.

MANIF. Sentémonos.

(Se sientan bajo el cobertizo.)

CHIQU. ¿No tomamos
más que asiento? Me parece
muy poco.

MANIF. Pide; yo pago.

CHIQU. (Gritando á la puerta del mesón.)
¡Ah de casa! Mesonero.

MESON. (Apareciendo.)
¿Quién llama? (Aparte.) (¡Calle! los bravos;
¡vaya un par de buenas piezas
para cogerlas á lazo!)
(Alto.) ¿Qué desean sus mercedes?

CHIQU. Que traigas un par de jarros
de lo fresco.

MANIF. Sobra uno;
yo no bebo.

MESON. ¿En qué quedamos?

CHIQU. En que te traigas los dos,
porque yo solo me basto
para beber como siete.

(Se retira el Mesonero y sigue una pausa.)

¿Conque al fin le echaron mano?

MANIF. Al fin.

CHIQU. ¿Y cómo supiste
dónde se ocultaba?

MANIF. Hablando
con la Escalanta, una amiga
de la Gananciosa.

CHIQU. ¡Vamos!
ella te lo dijo, y tú
le denunciaste.

MANIF. En el acto.
Así me vengo de ese hombre,
así á los dos les separo
para siempre, y volverá
la Gananciosa á mi lado.

CHIQU. Está comprendido el juego.

MESON. (Apareciendo.) Aquí tenéis los dos jarros
de vino. ¿Se ofrece más?

MANIF. Nada más.

MESON. ¿Quién paga el gasto?

MANIF. Yo. Tomad.

MESON. (Aparte, mirando con desconfianza la moneda.)
(Parece buena.)
(Alto á Maniferro.)
De aquí sobra...

MANIF. Os lo regalo.

MESON. Mil gracias.
(Aparte, retirándose.) (Bien se conoce
que no te cuesta ganarlo.)

CHIQU. ¿Es decir, que á Rinconete
se le llevan de soldado
á las Indias?

MANIF. Hoy.

HIQU. Me alegro,
porque no me era simpático
ese mozo. ¿Y Cortadillo?
ANIF. La del humo.
HIQU. ¿Se ha ocultado
también?
ANIF. Ya no está en Sevilla.
HIQU. Mejor; me ahorra el trabajo
de mandarle al otro mundo;
porque... ¡vaya si le mato!

ESCENA V

HIQUIZNAQUE, MANIFERRO, la CARIHARTA, y, cuando se indique, CORTADILLO.

ARIH. (Aparece por la derecha, y dice gritando:)
Chiquiznaque, ¡eh! no te bebas
todo el vino; déjame algo.
HIQU. Habiendo mosto, parece
que la llaman con reclamo.
ARIH. ¿Hay un sorbo para mí?
HIQU. Bebe agua.
ARIH. El agua hace daño.
HIQU. ¡Revienta!
ARIH. No estoy de humor.
HIQU. ¡Es lástima!
ARIH. ¿Y este jarro?
¿Es para ti, Maniferro?
ANIF. No.
ARIH. ¡Ah grandísimo borracho!

¿y te querías beber
tú los dos?

CHIQU. ¡Como hacen tanto!

CARIH. Os voy á dar...

CHIQU. Un disgusto.

CARIH. Dos noticias.

CHIQU. Suelta el trapo.

CARIH. Antes voy á remojarme
la boca. (Bebe.) Pues es el caso
que han prendido á Rinconete,
y esta tarde, en esos barcos,
se le llevan á las Indias.

CHIQU. ¿Quién te lo ha dicho?

CARIH. Ahora acabo
de encontrarme á Cortadillo.

MANIF. ¡A Cortadillo!

CHIQU. (Alarmado.) ¡Mil rayos!
¿Cortadillo está en Sevilla?
¿está en Sevilla?

CARIH. Ha llegado
esta mañana.

MANIF. ¿Y ya sabe?...

CARIH. Todo.

CHIQU. ¿Todo?... ¡pues estamos
divertidos, Maniferro!

MANIF. ¿Qué te ha dicho?

CARIH. Me ha contado
la prisión de Rinconete.

MANIF. Nada tiene eso de extraño.

CARIH. Y añadió que sois vosotros
los que le habéis denunciado,
y que, si esta misma tarde
no logra ponerle en salvo,

Chiquinazque y Maniferro
van á morir á sus manos.

HIQU. ¿Eso dijo?

ARIH. Como lo oyes.

HIQU. (Levantándose después de apurar apresuradamente el vino.)
Puesto que hemos terminado
la conversación y el vino,
me voy de aquí; porque si hallo
á Cortadillo, me pierdo
como tres y dos son cuatro.
(A Maniferro.)
¿Qué dices tú?

ANIF. Nada digo.

HIQU. ¿Qué piensas hacer?

ANIF. Lo que hago.

HIQU. ¿Te quedas aquí?

ANIF. Me quedo.

HIQU. ¿Y si viniese?

ANIF. Le aguardo.

HIQU. ¿Y si te injuria, y la espada
saca contra ti?

ANIF. Le mato.

HIQU. ¡Hombre, tu calma me admira!

ANIF. No es calma, es valor.

HIQU. ¿Acaso
piensas que yo no le tengo?

ANIF. Nunca tal cosa he pensado.

HIQU. ¡A mí no me asusta nadie!

ANIF. A mí me pasa otro tanto;
no me intimida ninguno.

HIQU. Tengo un genio de mil diablos.

ANIF. Y yo de diez mil legiones

de demonios á caballo.

(Aparece Cortadillo por la Puerta de la ciud viene preocupado y andando lentamente.)

CARIH. (A media voz á Chiquiznaque y á Maniferro.) ¡Cortadillo!

(Maniferro se levanta apresuradamente, y éste Chiquiznaque se embozan y calan los sombre hasta los ojos, continuando el diálogo vueltos espaldas á Cortadillo.)

CHIQU. (A media voz á la Cariharta.) Cariharta, tápate bien con el manto.

CORT. (Distraído y hablando consigo mismo.) No le he visto, no es posible verle ya.

CHIQU. (Aparte á Maniferro.) ¿Qué adelantamos con matarle?

MANIF. (Aparte á Chiquiznaque.) Nada.

CHIQ. Siempre hay tiempo.

MANIF. Sí.

CHIQU. Yo me encargo de no dejarle escapar.

MANIF. No se escapará.

CHIQU. Partamos. Ve delante, Maniferro.

MANIF. Primero tú; yo te guardo las espaldas.

CHIQU. Cariharta, abre tú la marcha.

CARIH. Andando; ya es sabido que la soga quiebra por lo más delgado, y, pues ha de ser, cuanto antes.

(Sale el Mesonero, que vuelve por los jarros, y presencia el resto de la escena.)

CORT. (Reparando en la Cariharta que ha llegado cerca de él.)
¿Qué tapada es ésta?

CARIH. (Con voz fingida.) Hidalgo,
dejadme pasar.

CORT. Pasad.

(Al dejar paso á la Cariharta, que sale por la derecha, ve á Chiquiznaque, que se halla próximo á él, á la izquierda.)

¡Cómo! ¿ahora un embozado?

(Dirigiéndose á Chiquiznaque)

¿Dónde vais?

CHIQU. (Con voz fingida.) Tras de esa dama.

CORT. ¿Qué la queréis?

CHIQU. Soy su ayo.

CORT. ¿Por qué os tapáis?

CHIQU. (Echando á correr por la derecha.) Por un voto
que hicimos de andar tapados.

(Al volverse Cortadillo, se encuentra con Maniferro que estaba á su espalda tratando de huir sin ser visto.)

¡Otro más! ¿Quién sois?

MANIF. (Con voz hueca.) Un hombre.

CORT. ¿Por qué vais con tal recato?

MANIF. Porque me importa. Y os ruego
que me dejéis libre el paso
(Amenazador.)
porque si no...

CORT. (Yendo hacia él.) Si no, ¿qué?

MANIF. Me iré por este otro lado.

(Maniferro escapa por el lado opuesto del que iba, esto es, por la izquierda.)

ESCENA VI

CORTADILLO y el MESONERO

CORT. ¿Vísteis esas fantasmas?
MESON. Las he visto.
CORT. ¿Las conocéis?
MESON. Sí tal; son Chiquiznaque
y Maniferro.
CORT. ¿Ellos?... ¡Vive Cristo,
que debí sospecharlo por su empaque!
MESON. Esto que os ha ocurrido,
á la memoria ahora me ha traído
á un valentón de espátula y gregüesco
que ejercía el oficio picaresco,
quien al ver que su bolsa le replica,
retorciendo el mostacho soldadesco,
á un corrillo llegó de gente rica.
—Den voacedes limosna, ó por el cielo
que he de hacer donde no, lo que hacen [suelo
—dijo—; mas uno, que sacado había
la espada, replicó: —Y su señoría,
si limosna no alcanza,
¿qué es lo que suele hacer en tal querella?
Y entonces, sin tardanza,
respondió el bravonel: —Irme sin ella.
Y luego in continente,
dando una media vuelta aquel valiente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

CORT. Decís bien; una cosa semejante
me acaba de ocurrir en este instante.

MESON. (Retirándose.)
Me vuelvo á mi quehacer. ¿Me mandáis
[algo?

CORT. Nada.

MESON. Quedad con Dios, señor hidalgo.

ESCENA VII

CORTADILLO

Es inútil intentar
lo que no he de conseguir;
ni él ya se puede evadir,
ni yo le puedo salvar.
Y después de todo, ¿qué?
Nada pudo haber pasado
mejor; había soñado
ir á las Indias, é iré.
¿Que él va á la fuerza?... no importa,
todo es cuestión de costumbre;
y aunque ahora le apesadumbre,
á la larga ó á la corta
yo sé que se ha de alegrar
de haber dejado á Sevilla
antes de tocar la orilla
del otro lado del mar.

ESCENA VIII

CORTADILLO, RINCONETE y galeotes custodiados por una ó dos parejas de soldados, todos los cuales entran por la Puerta de la ciudad. Los galeotes, entre los que viene RINCONETE, tienden un puente de tablas desde la orilla del río al costado de la galera; pasan á ésta y se dedican á las faenas propias de una próxima marcha; los soldados se colocan de centinela en los extremos del foro, y CORTADILLO, al ver á RINCONETE, corre á su encuentro.

CORT. Rinconete.
RINCON. (Abrazándole.) A tiempo llegas
de despedirme de ti.
CORT. Si de mi afecto y de mí,
como creo, no reniegas,
no digas eso, por Dios.
RINCON. Ello es forzoso.
CORT. ¿Por qué?
RINCON. Porque hoy mismo partiré.
CORT. Pues partiremos los dos.
RINCON. Mucho me consuela verte
tan decidido á venir.
CORT. Sí; estoy resuelto á seguir
tu buena ó tu mala suerte.
RINCON. ¿De veras?
CORT. ¿Qué te creías?
¿que te iba yo á abandonar?...
Juntos hemos de pasar
desventuras y alegrías.
RINCON. Desventuras; que mi estrella
para siempre se nubló.
CORT. ¿Por qué?

RINCON. Porque se acabó
todo para mí sin ella.
Mejor quisiera perder
una y mil veces la vida
que á la Gananciosa.

CORT. Olvida
para siempre á esa mujer.

RINCON. Pues eso quiero, olvidar.
¿Qué es olvidar?... que no sea
lo que es, que no escuche y vea
lo que oigo y veo á la par;
es no pensar ni querer
en lo que se piensa y quiere,
es morir, porque el que muere
tan sólo eso puede hacer.
Porque mientras viva, aquí,
en lo más oculto y hondo
del corazón, en el fondo
del alma mía, de mí,
llevo su imagen, la veo,
llevo su voz, la oigo hablar,
pienso en ella sin pensar,
y sin querer la deseo.

CORT. Otro sol y otros lugares
traerán luego otras ideas
más alegres.

RINCON. No lo creas,
porque no son los pesares
cosas que dejas atrás
al emprender un camino;
cuando es tenerles tu sino
les llevas á donde vas;
y cuando nacen de amor

entrañable á lo que dejas,
á medida que te alejas
es más profundo el dolor.

CORT. Ya verás, cuando al romper
mañana el alba, te encuentres
lejos de Sevilla, y entres
mar adentro, hasta perder
de vista la tierra, y, grave
y mudo, veas á solas
cómo se estrellan las olas
alrededor de la nave;
cómo las flácidas velas
se hinchan al soplo del viento,
y sin ningún movimiento
igual que un pájaro vuelas;
cómo ves constantemente
la misma, y siempre variada,
móvil llanura azulada
bajo un cielo transparente.
Yo entonces, allí, á tu lado,
te señalaré en la bruma
las olas de blanca espuma
que el mar alza, alborotado,
como montes de granito;
la noche con sus estrellas
de viva luz, y sobre ellas
el cielo azul, infinito;
luego el alba luminosa,
y el sol con sus resplandores,
quebrándose en mil colores
en el agua bulliciosa;
y tras de esa inmensidad
de aire y luz, de mar y cielo,

distinguir al fin el suelo,
la soñada realidad
de un mundo que viene á ser
la tierra de promisión,
donde encuentra la ambición
cuanto pueda apetecer.

ESCENA IX

CORTADILLO, RINCONETE, los soldados de guardia, los galeotes en la galera y la GANANCIOSA, vestida de vivandera.

GANAN. Rinconete.
RINCON. Gananciosa.
¿Qué traje es ese?
GANAN. Este traje
es mi equipo de viaje,
mi uniforme, no otra cosa.
RINCON. ¿Tú de viaje?
GANAN. ¿Y qué hacer?
No pudiéndote salvar
quise contigo marchar,
y como siendo mujer
era imposible, mis sayas
por este traje he cambiado
para estar siempre á tu lado
é ir contigo á donde vayas.
RINCON. ¡Es posible!
GANAN. Yo tenía,
aunque confuso, mi plan,
que era ver al capitán
que manda tu compañía;
quiso Dios que le cogiera
de buen humor cuando fuí

ahora á verle, y le pedí
la plaza de vivandera;
él se opuso, insistí yo
que allá en las Indias tenía
un hermano al que quería
reunirme, y accedió.
Ya sabes, pues, de qué modo
mi propósito he logrado,
que por estar á tu lado,
me siento capaz de todo.

RINCON. ¡Qué buena, qué buena eres!

GANAN. No es bondad, es egoísmo;
tú hubieras hecho lo mismo
y algo más, si es que me quieres.
¿No lo hubieras hecho?

RINCON. (Abrazándola.) Sí.
Cortadillo, ya la vida,
hace poco aborrecida,
tiene encantos para mí.
Se acabaron los pesares;
ya no me asusta dejar
esta tierra, ni cruzar
la inmensidad de los mares.
Como tú, también me veo
arrastrar por la corriente
río abajo, blandamente;
como tú, también deseo
correr con vosotros dos
al otro lado del mar,
tener alas y volar
por esos mundos de Dios.

CORT. Al fin pude conseguir
ver mis sueños realizados.

GANAN. ¿Escucháis?
RINCON. Son los soldados.
CORT. Llegó la hora de partir.

ESCENA X

CORTADILLO, RINCONETE, los soldados de guardia, los galeotes en la galera, la GANANCIOSA, el MESONERO, gente del pueblo; MONIPODIO que se adelanta al proscenio; MANIFERRO, CHIQUIZNAQUE y la CARIHARTA, que se quedan formando grupo en el extremo izquierda, medio ocultos entre la gente; por la Puerta de la ciudad llega una compañía de soldados con música de cajas y clarines; el CAPITÁN, el ALFÉREZ con la bandera, y el SARGENTO. Después de recorrer la escena, la compañía de soldados va á situarse á la derecha junto á la casa de MONIPODIO.

MONIP. ¡Hijos míos!
(Al dirigirse á abrazar á Rinconete y á Cortadillo, repara en la Gananciosa, y exclama haciendo grandes admiraciones.)
Mas ¿qué veo?
¿no es ésta?...
GANAN. La misma.
(Rinconete, Cortadillo, la Gananciosa y Monipodio forman grupo.)
CARIH. (A Maniferro y á Chiquiznaque.) Aquella es Gananciasa.
MANIF. (Muy grave y mirando hacia otro lado.)
No es ella.
CARIH. ¿Cómo que no?... ¡ya lo creo!
MONIP. (A Rinconete, Cortadillo y la Gananciosa.)
Hijos, no hagáis tal locura.
CARIH. (A Maniferro.) Digo que es la Gananciosa, Maniferro.
MANIF. No hay tal cosa.

CARIH. ¡Soy yo ciega por ventura!
¡Es ella!
MANIF. (Incomodado.) ¡He dicho que no!
CHIQU. No es ella.
(Aparte á la Cariharta.) (Calla, mujer;
ni él la quiere conocer,
por no matarla, ni yo.)
CAPIT. (Después de haber colocado en dos ó tres filas á los soldados, se dirige al puente de tablas, desde donde dice á los galeotes:)
No hay que perder un momento;
ya estáis á escape aflojando
las amarras, y soltando
todas las velas al viento.
(El Capitán vuelve á colocarse al frente de sus soldados; los galeotes, unos tiran de las amarras, otros sueltan las velas y otros cogen los remos, colocándose todos en sus puestos.)
CORT. (Al Capitán.) Señor Capitán, partir
en esas naves quisiera
como soldado, si fuera
posible.
CAPIT. Puedes venir.
GANAN. Ya está nuestra suerte echada.
CORT. He logrado mi ambición.
RINCON. A buscar la redención
de nuestra vida pasada.
CORT. ¡No más naipes! ¡no más dados!
¡á las Indias! ¡á los Andes!...
¡á cortar bolsas más grandes!
¡Seamos buenos soldados!

FIN DE RINCONETE Y CORTADILLO

Madrid 6 de Agosto de 1895.

Casa editorial de B. RODRÍGUEZ SERRA, Flor baja, 9, Madrid.

Biblioteca de Filosofía y Sociología.

Tomos de 250 á 350 páginas, DOS y TRES pesetas.

I. A. Schopenhauer.—**Sobre la voluntad en la Naturaleza,** traducción del alemán por M. de Unamuno. 2 ptas.
II. Carlos Albert.—**El amor libre.** 2 ptas.
III. Baltasar Gracián —**El héroe. El discreto.** 3 ptas.
IV. Emerson.—**El hombre y el mundo.** 2 pesetas.
V. Nietzsche.—**El origen de la tragedia.** 2 peseta.
VI. Inb-Gebirol.—**La fuente de la vida.** 2 pesetas.

Biblioteca Mignon

OBRAS DE LOS MEJORES ESCRITORES

MAGNÍFICAMENTE ILUSTRADAS

Precio del tomo, 0,75 pesetas.

I. Vicente Medina.—**Aires murcianos** (poesías).
II. A. Palacio Valdés.—**¡Solo!** (novela).
III. Clarín —**Las dos cajas** (novela).
IV. Ricardo Wagner.—**Historia de un músico en París** (novela).
V. U. González Serrano.—**Siluetas,** con retratos y autógrafos de varios autores.
VI. Juan Valera.—**El pájaro verde.**
VII. Luis Bonafoux.—**Risas y lágrimas.**
VIII. Jacinto O. Picón, **Cuentos.**
IX. R. Becerro de Bengoa.—**El recién nacido.**
X. J. Ortega Munilla.—**Tremielga.**
XI. José M. Pereda.—**Para ser buen arriero...**
XII. A. Daudet.—**Una anécdota del segundo imperio.**
XIII. V. Blasco Ibáñez.—**La cencerrada** (novela).
XIV. G. Martínez Sierra.—**Almas ausentes** (novela).
XV. E. Menéndez y Pelayo.—**A la sombra de un roble.**
XVI. Gaspar Núñez de Arce.—**Sancho Gil.**
XVII. Blanca de los Ríos.—**Melita Palma.**

COLECCION DE LIBROS PICARESCOS

EDICIONES DE BIBLIÓFILOS

Precio del tomo, 5 pesetas.

I. Francisco Delicado.—**La Lozana andaluza.**
II. Aretino.—**Coloquio de las damas.—La cortesana** (en un volumen, con grabados).
III. Agustín de Rojas.—**El viaje entretenido** (primera y segunda parte).

EN PRENSA

IV. Agustín de Rojas.—**El viaje entretenido** (tercera y cuarta parte.)